

CAPÍTULO 4. LA UNIDAD DE LOS TRABAJADORES, LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA (1953 – 1964).

LA FUNDACIÓN DE LA CUT: ENCUENTRO Y CONFLICTO ENTRE IZQUIERDAS Y SINDICATOS (155); EL SURGIMIENTO DEL FRENTE DE ACCIÓN POPULAR (FRAP): LA IZQUIERDA MARXISTA COMO MOVIMIENTO POPULAR (161); LA REVUELTA POPULAR DEL 2 DE ABRIL DE 1957 Y LA REUNIFICACIÓN DEL PS (171); LA CANDIDATURA DE ALLENDE EN 1958: LA IZQUIERDA, ACTOR POLÍTICO POPULAR (176); EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA Y LA MOVILIZACIÓN SOCIAL CONTRA ALESSANDRI (183); EL DEBATE TEÓRICO: LA POLÉMICA DE 1962 ENTRE SOCIALISTAS Y COMUNISTAS (192); LA CAMPAÑA DE 1964 : LA DISPUTA ENTRE DOS “REVOLUCIONES” (199).

LA FUNDACIÓN DE LA CUT: ENCUENTRO Y CONFLICTO ENTRE IZQUIERDAS Y SINDICATOS.

Los cincuenta son años de crecimiento de la izquierda y de los movimientos populares en Chile y en otros países latinoamericanos. En Bolivia, en 1952, una revolución encabezada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), coalición de oficiales jóvenes, mineros, trabajadores e intelectuales desarrollistas, destruye el Estado oligárquico e inicia un proceso de transformaciones democráticas. Nacionaliza las grandes minas de estaño, principal riqueza del país, establece el derecho a voto universal, aplica una reforma agraria que distribuye la tierra y da lugar a una poderosa organización sindical de obreros y de campesinos. No obstante que esta revolución se detiene a medio camino, el impacto de la insurrección popular victoriosa se instala nuevamente en la imaginación de la izquierda en el continente y en nuestro país. Del interés suscitado por los acontecimientos bolivianos da cuenta Clodomiro Almeyda en sus memorias:

“Nuestro partido mostró gran interés por la Revolución Boliviana de 1952 [...] valoramos desde un comienzo la trascendencia de la empresa acometida por el MNR desde el poder, con su nacionalización de las minas, la reforma agraria, el frustrado intento por transformar sus fuerzas armadas y la promoción del elemento indígena de Bolivia a un protagonismo nacional”

La década de los cincuenta en Chile es de ampliación sin precedentes de la política y de la cultura que la sostiene. Las prácticas, hábitos e ideas políticas, se enriquecen por el ejercicio creciente de los derechos políticos de la mujer si bien no brillan las organizaciones femeninas como lo hicieran en la década anterior. En el mismo sentido, el voto campesino adquiere nueva relevancia, por el saneamiento de los procesos electorales que tendrá lugar a fines de la década y la consiguiente eliminación del cohecho, cuya función explican Correa y otros en su historia del siglo XX:

“Así es como las derechas no necesitaron tener un “movimiento popular” tras ellas para lograr una numerosa representación parlamentaria. El cohecho, tal como a Rafael Agustín Gumucio le enseñara su

profesor de Derecho Constitucional en la Universidad Católica, se había convertido en el necesario “correctivo al funesto sufragio universal”. Ya no era necesario proponer el voto plural, como lo habían hecho a comienzos de los años treinta. Tampoco había razones para inclinarse hacia una solución corporativista”.

Con un registro distinto, el “rock around the clock” que explota en el cine incita a la juventud hacia nuevas formas de expresión de una cultura juvenil urbana que influirá en modificar el cuadro político. La sensibilidad juvenil es sacudida por la rebeldía “sin causa” de un joven de “parka” de cuero negro y motocicleta, que un día da muerte accidentalmente a su novia, “el Carloto”, cuya imagen será catapultada a la opinión pública como símbolo de una juventud que pugna por ser reconocida. En la segunda mitad de la década, la asistencia asombrada de miles de chilenos al debut público de los primeros programas de TV, a cargo de las universidades, anticipa un fenómeno que cambiará para siempre la comunicación entre política y sociedad.

El Chile de esos años es ya un país con una relación “moderna” entre la política y el mundo popular, favorecida por el nuevo rol social de la comunicación de masas. Tres ejemplos particulares, de entre muchos posibles, pueden ilustrar esta idea. La revista *Topaze*, dirigida por el periodista conservador Jorge Délano, lleva las discusiones, negociaciones, conflictos y acuerdos, que constituyen lo político, desde la solemnidad y pompa del discurso “patricio” a la llaneza y humor con que se tratan en la vida cotidiana. Contribuye así masivamente a disminuir la distancia entre “cosa pública” y sociedad real y abre el espacio a la crítica por la vía del humor. Por su parte, la revista *Ercilla* y alguna otra de formato modernizado expanden y dan alcance masivo al conocimiento “serio” de la política, ya no más propiedad de clases y gente ilustradas. Luis Hernández Parker, que otrora había dirigido la Juventud Comunista, difunde desde la radio el análisis político “objetivo”, despojándolo del sesgo reaccionario que el periodismo “mercurial” imponía por décadas.

El país vive entonces una política de la cual sabe más y que percibe como más veraz, con una relación menos oscura entre el discurso y la acción. Incluso los comunistas ilegales y perseguidos logran perforar parcialmente el muro que busca segregarlos, como recuerda Corvalán:

“Con la candidatura de Allende había surgido el Frente del Pueblo [...] Además, se había restablecido la unidad sindical con la creación de la Central Única de Trabajadores. La situación le permitió al Partido actuar semilegalmente durante algunos años. Más aún, su palabra empezó a expresarse en algunos órganos de prensa [...] Recuerdo muy bien que en la revista VEA, por ejemplo, se publicó una entrevista a Galo González”.

En los marcos de una cultura en transformación, el arrasador triunfo de Ibáñez en las elecciones de septiembre de 1952 había revelado el anhelo de vastos sectores populares de mejorar sus condiciones de vida y de un liderazgo “firme” capaz de superar la pobreza y el subdesarrollo. Es de este “populismo autoritario” que se espera la superación de la práctica de negociación partidista permanente que ha hecho que la ciudadanía mire como ineficaces a los gobiernos radicales. Los catorce años de protagonismo radical habían asegurado una forma de estabilidad política ---manchada por cierto con la persecución de los comunistas---, pero habían acumulado problemas económicos y sociales cada vez más agudos, al tiempo que generado una imagen de frivolidad de los gobernantes, en particular durante el gobierno de González Videla. La

candidatura de Ibáñez expresa entonces una reacción popular “autoritaria”, simbolizada en “*la escoba*” que barrerá “*con los radicales y todos los políticos*”, según reza su propaganda.

Ibáñez se instala en la presidencia el 3 de noviembre de 1952. A pesar de la dispersión política del frente que apoya al gobierno, el PSP entiende participar en él con el objetivo de ampliar la influencia del socialismo en las masas. Para Raúl Ampuero, líder del partido, el ibañismo es un movimiento “antiimperialista” capaz de una política de interés nacional:

“por primera vez en la historia de Chile yo vi la posibilidad de formar un gran movimiento que pueda cambiar el curso de nuestra historia”.

Otro testigo privilegiado de ese tiempo, Aniceto Rodríguez, sostiene que los socialistas valoran ciertos principios “*liberadores y de avanzada*” de la estrategia del “Movimiento Nacional Ibañista”, como los recordados por Ampuero, y se insertan en éste para impedir que se forme como estructura independiente y perdurable, “*propiamente personalista*”. Se trata, dice, de ir “*acercando a muchos ibañistas a las concepciones de los socialistas*”.

Para Allende en cambio la alianza del PSP con el ibañismo es inaceptable desde un punto de vista de principios:

“Yo traté durante un año entero de convencer al Comité Central del PSP de que no podíamos apoyar a Ibáñez. Es imposible reconciliar los intereses de los dueños de la tierra con los de los campesinos, o los principios fascistas de Ibáñez con los de la doctrina socialista”

Confirmando la validez teórica del argumento allendista pero a la vez su debilidad política, Oscar Weiss relata que para ciertos dirigentes ibañistas es imposible la participación del PSP en el ministerio, pues le da una indeseable “*fisonomía revolucionaria y marxista*”. El caudillo, sin embargo, avala a los socialistas y designa a Clodomiro Almeyda Ministro de Trabajo. Participarán en el gobierno otras figuras, como Felipe Herrera y Carlos Altamirano.

Durante su primera etapa Ibáñez enfrenta a los empresarios y rompe el fluido trato con el poder que habían conseguido en los gobiernos radicales. Al mismo tiempo, las dificultades de la economía chilena agravadas por las carencias de conducción y organización política que muestra el régimen, llevan a una inflación ascendente que junto con destruir salarios y poder de compra favorece la protesta social y las huelgas de los trabajadores.

Al iniciarse 1953, el gobierno se encamina a una derrota en las elecciones parlamentarias de marzo y a una crisis política que llevará, meses después, al retiro de los socialistas populares del gobierno. Mientras tanto, en la izquierda persisten políticas de alianza contrapuestas. El PC reitera su estrategia de “Frente de Liberación Nacional” y de alianza con el PSCH en la oposición al gobierno. Por otra parte, la colaboración gubernativa del PSP, tan difícil de conjugar con los términos “revolucionarios” que definen su política de alianzas, suscitará, con el tiempo, críticas y autocríticas.

Más allá, la fragmentación del movimiento obrero, reforzada por el desacuerdo estratégico que permanece entre socialistas y comunistas, pone de manifiesto su debilidad estructural y evidencia la necesidad de sindicatos más autónomos e independientes de los partidos políticos.

Son tiempos de expansión de la idea y de las prácticas de sindicalización de los trabajadores. Desde el inicio de los años cincuenta crecen las manifestaciones de descontento en el campo. Con la excepción de las comunidades mapuches que reivindican la recuperación de sus tierras ancestrales, ese descontento sólo apunta a mejorar las condiciones de trabajo y salario. Simultáneamente, a la sociedad rural acceden con más fuerza la cultura urbana y el Estado, mermando el omnímodo poder patronal. En 1953 el gobierno establece el salario mínimo campesino, la asignación familiar y la indemnización por despido, medidas que reforzarán el movimiento campesino aún cuando son burladas permanentemente por los patrones.

Por otra parte, la incipiente sindicalización y las huelgas campesinas empiezan a contar con el apoyo estratégico de sectores de la Iglesia Católica vinculados a la Falange Nacional. El sector liderado por Manuel Larraín, Obispo de Talca, declara su apoyo a la creación y actividad de organizaciones campesinas estables independientes de los patrones. Ejemplo de esta política es la huelga declarada en la localidad de Molina, a fines de 1952, por los trabajadores de veinte sindicatos de fundos viñateros. La apertura política del inicio del gobierno de Ibáñez y la presencia en él del PSP dan contexto favorable a la acción sindical más combativa. La huelga es apoyada por el abogado y regidor falangista de Molina, Emilio Lorenzini y por Monseñor Larraín y marca un hito en la lucha campesina en el país. Con el apoyo de este obispo y del Padre Alberto Hurtado, Lorenzini concurre a la transformación de la Acción Sindical Chilena (ASICH), que de institución formadora de sindicalistas católicos fundada en 1947 se transforma en 1956 en una organización que reunirá parte importante del sindicalismo falangista y que tendrá una relación las más de las veces conflictiva con la izquierda sindical agrupada en la CUT.

La huelga de Molina trae a colación, una vez más, la idea de que la activación del movimiento campesino es posible mediante la dirección de trabajadores que han emigrado desde la zona del salitre y traído desde allí su experiencia de lucha. Muchos ven esa conjunción obrero campesina como una amenaza para las organizaciones de trabajadores por parte de activistas políticos cuyo solo objetivo es crear problemas a la economía de la región. El hecho es que el sindicalismo progresa.

En ese contexto favorable, la Comisión Nacional de Unidad Sindical (CNUS) creada en septiembre de 1952 convoca a conformar una Central Única de Trabajadores. Ya en noviembre de ese año, un extenso manifiesto de la CNUS hace un balance de la experiencia de división orgánica vivida por el movimiento sindical en los años precedentes, vinculándola con la dependencia de la CTCH de las coaliciones político partidistas y de los gobiernos en que participa la izquierda. Se requiere, sostiene ese documento, *“una Central Única independiente de cualquier gobierno, libre del tutelaje de partidos políticos”* que se rija por principios de *“democracia sindical”* y defina su línea estratégica desde una óptica *“clasista”*. Si bien esta *“independencia”* será sometida a fuertes tensiones y más de alguna vez simplemente ignorada por la fuerzas de izquierda en los años posteriores, el imperativo de unidad es ya incontrarrestable y permanecerá como signo perdurable de la central. El manifiesto de la CNUS lo subraya:

“La existencia de innumerables centrales y sindicatos que actúan separadamente, debilita la lucha general de los trabajadores por sus reivindicaciones y objetivos comunes. Esta dispersión no debe continuar”

El Congreso Constituyente de la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT), se realiza entre el 13 y el 16 de febrero de 1953 en el Teatro Coliseo de Santiago. A pesar de la división de la izquierda, la CUT nace de un acuerdo explícito entre socialistas y comunistas. Es más, desde entonces el desarrollo mismo del movimiento popular chileno estará vinculado al encuentro – no exento de conflictos- entre la izquierda partidista en sus más variadas expresiones y el movimiento sindical. La fundación de la CUT confirma esta tradición de mutuo reforzamiento entre movimiento popular y movimiento sindical.

Hay que reconocer, sin embargo, que por las fuertes restricciones a los sindicatos que impone la llamada “Ley de Defensa Permanente de la Democracia”, la creación de la central hubiese sido imposible sin el apoyo o, al menos, condescendencia del gobierno. Los Ministros de Trabajo, Clodomiro Almeyda, y de Economía, Guillermo del Pedregal, mantienen una relación estrecha con la CUT, Clotario Blest y otros dirigentes. En el acto mismo de inauguración del Congreso interviene Almeyda para prometer que el gobierno garantizará la libertad sindical y derogará las disposiciones que entraban las elecciones de las directivas de los sindicatos. Participan además delegados de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) y de su organización mundial, la Confederación Internacional de Sindicatos Libres (CIOSL), ambas de tendencia “socialdemócrata”, y de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), rama continental de la Federación Sindical Mundial (FSM), de tendencia predominantemente comunista. La CUT confrontará así, desde el comienzo, su pretensión unitaria con la irreparable división del movimiento sindical a nivel internacional.

A la fundación de la CUT concurren las dos CTCH y casi todos los sindicatos y gremios independientes, particularmente la JUNECH, entidades que acreditan 2355 delegados en el congreso. Diversas federaciones, como la marítima, del cobre, panificadores y construcción realizan reuniones nacionales en las que acuerdan su participación. De los delegados, cerca de un 40% son miembros del PC, la segunda representación es del PSP. De los 25 dirigentes elegidos, 5 son comunistas, 7 socialistas (divididos), 3 anarquistas, 2 falangistas, 2 radicales, 2 ibañistas, 3 socialistas disidentes y 1 independiente. Desde su inicio y por casi diez años la CUT será presidida por Blest, elegido por una lista de comunistas, socialistas de Chile, radicales y falangistas.

La Declaración de Principios establece que es objetivo de la central *“la organización de todos los trabajadores de la ciudad y el campo, independientemente de ideas políticas o religiosas, nacionalidad, sexo o edad”*. El “clasismo” que así trasunta favorecerá tensiones, en particular con sectores políticamente más moderados, como los demócrata cristianos y radicales, que encontrarán allí argumentos para retirarse de la CUT. En la parte pertinente la declaración establece que:

“El régimen capitalista ... fundado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos y medios de producción y en la explotación del hombre por el hombre ... debe ser sustituido por un régimen económico

social que liquide la propiedad privada hasta llegar a la sociedad sin clases, en la que se asegure al hombre y a la humanidad su pleno desarrollo ... La lucha sindical es parte integrada del movimiento general de clases del proletariado y de las masas explotadas y en esa virtud no debe ni puede permanecer neutral en la lucha social y debe asumir el rol de dirección que le corresponde”

CLOTARIO BLEST RIFFO:

empleado fiscal, sindicalista, católico revolucionario.

Clotario Blest aporta a la izquierda chilena su profunda convicción sobre el rol de los trabajadores sindicalizados en la transformación social. Sostuvo firmemente que era preciso sustituir el sistema capitalista por otro en el cual no exista "explotación del hombre por el hombre". "Don Clota", como le llaman sus compañeros, plantea desde los inicios de su vida pública que la condición para que ambas ideas sean realidad es el respeto de los dirigentes a las opiniones y experiencia de las bases.

Nace en Santiago el 17 de noviembre de 1899, parte de una familia de clase media tradicional a la cual había pertenecido el escritor Alberto Blest Gana. Su padre es militar y fallece cuando Clotario es aún niño. Su madre es una educadora que acompañará a su hijo hasta la edad adulta. Blest estudia para sacerdote en el Seminario Pontificio de Santiago, donde tiene de profesor al más tarde Cardenal José María Caro, y en el seminario de Concepción. En 1922 abandona el oficio sacerdotal para trabajar en el Estado y luego ingresa a la Universidad Católica a estudiar filosofía.

Blest conoce a Recabarren entre 1920 y 1922. Por esos mismos años y hasta 1937 desarrolla su compromiso militante en instituciones de acción social de la Iglesia como la Juventud Católica, que preside en 1927. Clotario Blest critica con sus ideas a la Iglesia tradicional por *"defender a los poderosos silenciando el verdadero contenido de los evangelios"*. Habla de su comprensión revolucionaria del mensaje cristiano la siguiente frase pronunciada en 1934: *"Si Cristo volviera a la tierra, viviría la angustia del Proletariado y su divino anatema vibraría contra sus opresores."*

La figura rectora para Blest es el Jesús obrero y su referencia ideológica principal los curas por el socialismo, que en los años 60 irrumpen en Chile y otros países de América Latina. Durante su participación en la juventud católica conoce a su primera y única novia, Teresa Ossandón Guzmán, quién luego se hace monja carmelita. Clotario Blest formula y mantiene hasta su muerte el compromiso de celibato que asumen los sacerdotes católicos.

Entre 1928 y 1939 integra la *Liga Social de Chile*, que adhiere a la República Socialista y, más tarde, al Frente Popular. Su experiencia en el cristianismo social es parte de una tradición que, con los años, será clave para la formación de una izquierda amplia y diversa.

En 1943 funda la *Asociación Nacional de Empleados Fiscales* (ANEF) que en 1948, en un período difícil por la fuerte represión, integrará la *Junta Nacional de Empleados de Chile*. Ésta, a su vez, será la impulsora principal, en 1952, del *Comité de Unidad Sindical* que convoca al Congreso Constituyente de la CUT.

Hasta 1961 Clotario Blest es presidente de la CUT y asume la difícil tarea de mantener la unidad de su dirección, integrada por las corrientes comunista, socialista y radical y por nacientes expresiones del cristianismo progresista. Lucha por la derogación de la llamada *"ley maldita"* y sufre la cárcel y el destierro. Ibañez lo hace detener por primera vez, en 1954, llamándole *"traidor de la clase obrera y de la nación"*.

En 1961 Blest renuncia a la presidencia de CUT luego que una mayoría de comunistas y socialistas suspende un paro nacional que él ha promovido. Durante los años sesenta y hasta 1973 Blest participa en los esfuerzos por dar forma a una corriente sindical vinculada a la izquierda revolucionaria (MIR) y a la Iglesia Joven. Es uno de los fundadores del MIR en 1965.

Durante la dictadura, Clotario Blest preside la *Comisión de Defensa de los Derechos Humanos* y funda con el dirigente socialista Eduardo Long Alessandri, en 1984, el *Movimiento Sindical Unitario*. Es detenido, maltratado y amenazado y, en un allanamiento realizado por carabineros, son quemadas sus memorias. Solo y pobre, con su mameluco azul y un cordón de franciscano amarrado a su cintura muere el 31 de mayo de 1990. Todavía resuenan sus palabras llamando a celebrar el primero de mayo de 1979, en plena dictadura: *"la liberación de los trabajadores del yugo oprobioso de la explotación del hombre por el hombre debe ser obra de los trabajadores mismos al margen de todo sectarismo político, religioso o ideológico"*. Esta sentencia tenía un valor literal para él: significaba que son los trabajadores, y no los dirigentes, los protagonistas de su propia liberación.

Consecuente con el diagnóstico sobre la división del movimiento sindical, la declaración de principios de la nueva central enfatiza su independencia política y orgánica, pero sin renunciar a una postura política:

“la Central Única de Trabajadores no es una central apolítica; por el contrario, representando la conjunción de todos los sectores de la masa trabajadora, su acción emancipadora la desarrollará por sobre los partidos políticos, a fin de mantener su cohesión orgánica”

Derrotados en la elección de los dirigentes de la central, Bernardo Ibáñez y algunos de los integrantes de la vieja CTCH que él encabeza deciden no disolverla y mantienen, hasta 1962, una especie de CTCH virtual, que recibirá apoyos internacionales, particularmente de los sindicatos de EEUU, para una acción que se limita a emitir declaraciones anticomunistas y contra la CUT. La CTCH desaparecerá sin pena ni gloria. La CUT, en cambio, soportará incluso la persecución de la dictadura pinochetista a partir de 1973 y será refundada con el nombre de Central Unitaria de Trabajadores. Su himno llegará a ser, durante el gobierno del Presidente Allende, una canción de gran popularidad:

“Yo te doy la vida entera/ te la doy, te la entrego, compañera/ si tu llevas la bandera/ la bandera de la CUT./ Aquí va la clase obrera/ hacia el triunfo, querida compañera/ y en el día que yo muera/ mi lugar lo tomas tú.”

En las elecciones parlamentarias de marzo de 1953, fraccionado en doce partidos, el ibañismo apenas alcanza la mayoría de la Cámara de Diputados. Las izquierdas logran una fuerte representación: por una parte, 5 senadores PSP y 1 del Partido Democrático del Pueblo, más 19 y 5 diputados de ambos respectivamente y, por otra parte, 2 senadores y 14 diputados del FRENAP. Aunque dividida, en su conjunto es una izquierda que está reconquistando una influencia parlamentaria importante. Por Tarapacá y Antofagasta es reelegido Radomiro Tomic, se dice que con una alta votación de los comunistas, impedidos por la “ley maldita” de presentar candidato propio.

Ese mes de marzo, luego de la renuncia de Almeyda, que luego pasará a desempeñarse como Ministro de Minería, Ibáñez ofrece a un dirigente de la CUT el Ministerio de Trabajo. Contra la opinión de la central que ve la participación en el gobierno como un peligro para su autonomía, asume la cartera el presidente de la Confederación de Obreros Molineros Leandro Moreno. La CUT condena su actitud como contraria a los principios sindicales:

“Que en conformidad a sus principios y estatutos, la Central Única no puede tener representación en los gobiernos; que automáticamente, con haber aceptado el compañero Leandro Moreno el cargo de Ministro del Trabajo, ha dejado de ser miembro de la Central Única de Trabajadores de Chile”

A pesar de este incidente, las relaciones de la CUT con el gobierno son expectantes, de modo que en su primera concentración masiva, en marzo de 1953, invita a participar al presidente Ibáñez y a sus ministros. En sus intervenciones los dirigentes reclaman la intervención estatal para asegurar el respeto a derechos como el de huelga, atropellados habitualmente por los patrones. Ibáñez responde que cumplirá con lo comprometido en la campaña respecto de la legislación laboral y declara que está dispuesto a escuchar “*las peticiones justas de los asalariados*”. En el acto del 1 de mayo el clima de entendimiento es reforzado por la designación de Felipe Herrera (PSP) como Ministro de Hacienda, quien inicia un “plan económico” más acorde con las expectativas sindicales. Los dirigentes socialistas populares de la CUT declaran su acuerdo con el gobierno y la central implementa una política de apoyo crítico sin realizar acciones que puedan cuestionar el plan económico. Pero en octubre de 1953 renuncia el ministerio y se pone fin a la política de acercamiento con la CUT.

EL SURGIMIENTO DEL FRENTE DE ACCIÓN POPULAR (FRAP): LA IZQUIERDA MARXISTA COMO MOVIMIENTO POPULAR.

La unificación del movimiento sindical juega un rol esencial en el desarrollo posterior de la alianza entre comunistas y socialistas. Incluso durante la década del 40, cuando la lucha entre los dos partidos debilitó considerablemente el movimiento obrero, ambos trabajan juntos en muchos sindicatos. Años más tarde lo reconocería el líder socialista R. Ampuero:

“la alianza de la izquierda fue ya una realidad en los sindicatos en 1953 y cuatro años más tarde la alianza política de la izquierda fue también una realidad”

Una elección complementaria de senador por Santiago profundiza la división entre los socialistas. Mediante una maniobra parlamentaria es inhabilitada la senadora electa por el Partido Femenino María de la Cruz, quien había obtenido la más alta votación nacional (107.000 votos). Simpatizante del peronismo argentino y adherente, más tarde, de la derecha, dice de la Cruz, con aire feminista, que la decisión del Senado se explica porque *“los hombres le tuvieron miedo a una mujer que, cuando hablaba, convencía”*. En las elecciones para llenar la vacante, en octubre de 1953, a propuesta de Salvador Allende, el Frente del Pueblo hace alianza con toda la oposición, incluidos conservadores y liberales, y triunfa con el socialista Luis Quinteros Tricot. Para Allende el sentido de la alianza es desnudar la naturaleza “reaccionaria” del ibañismo y provocar la ruptura de sus sectores progresistas. Meses después, en una elección complementaria de diputado por Santiago, bajo el lema *“Proteste con Gumucio”* la misma amplia alianza hace triunfar al falangista Rafael Agustín Gumucio contra Clodomiro Almeyda. Los socialistas populares critican acerbamente la actitud de sus camaradas socialistas de Chile. Osvaldo Puccio, personaje cercano a Allende, habla de las dificultades a que se ven enfrentados al aparecer así unidos con la derecha conservadora, la *“ultraizquierda”* con la *“ultraderecha”*:

“Teníamos que explicar a los compañeros de la base por qué habíamos llegado a un entendimiento con la ultraderecha. Corríamos el peligro de caer inconscientemente en una posición que temíamos: convertir a la clase obrera nuestra en una clase electorera, una masa que sirviera solamente en una lucha reivindicacionista”

El PSP es la fuerza política más sólida del gobierno. Permanecerá sólo nueve meses. Cuando para sus dirigentes ya es claro que los *“intereses de la oligarquía”* no serán tocados por Ibáñez el partido pasa a la oposición. En los primeros tres meses de gobierno, los socialistas insisten infructuosamente con iniciativas de reforma de la economía y de mejora de las condiciones de vida: un plan contra la inflación, la modernización de las estructuras de control de la economía y la búsqueda de nuevos mercados para la producción minera. Ibáñez no lleva a cabo las transformaciones estructurales que el PSP exige, ni las nacionalizaciones, ni la reforma agraria ni la democratización del Estado. Entonces, dicen socialistas en el diario *Última Hora*,:

“cuando Ibáñez abandonó estos planes y aplicó medidas represivas como la Declaración de Zona de Emergencia en la provincia de Antofagasta, ante la huelga en la compañía Anglo Lautaro, y mantuvo el Pacto Militar con los EEUU, llegó el tiempo para que abandonáramos el gobierno”.

La réplica del Presidente será que *“los socialistas creen que pueden resolver todo, pero sólo tratan de llevar agitación al país. Yo les di la oportunidad de manejar la economía pero fallaron”.*

Todo lleva a que el XV Congreso General Ordinario del PSP, en octubre de 1953, haga una crítica de la experiencia de gobierno. El congreso llama a la unidad de las fuerzas populares y progresistas y propone la línea de “República Democrática de Trabajadores” como estrategia de avance al socialismo. Designa secretario general al senador Aniceto Rodríguez y, de paso, critica la “complicidad” de socialistas de Chile y PC con la derecha:

“El Partido Socialista Popular entró a participar en el gobierno del señor Ibáñez con el firme propósito de esforzarse por cumplir con el programa ofrecido al pueblo durante la campaña que culminó el 4 de septiembre de 1952 [...] Sin embargo, esta actitud no podía justificarse sino en la medida en que el partido creyera posible impulsar una política encaminada realmente a destruir los privilegios de la oligarquía y a liberarnos de la presión imperialista [...] Durante la campaña electoral destinada a elegir un senador por Santiago, las fuerzas reaccionarias encontraron apoyo y estímulo de parte del llamado Frente del Pueblo y, como consecuencia del acto electoral, la derecha económica presionó con insistencia para recuperar posiciones que parecía haber perdido definitivamente [...] Al retirarse del gobierno, el Socialismo Popular [...] hace un llamado a las fuerzas populares y nacionales que levantaron la postulación presidencial del señor Ibáñez y a todos los partidos y grupos de orientación progresista, seguro de que el curso natural de los procesos sociales llevará muy pronto a los trabajadores a expresarse mayoritariamente en una República Democrática de Trabajadores, que construya las bases de un sistema socialista”

Las dificultades económicas y políticas del gobierno de Ibáñez provocan una espiral en la inflación, que va del 40% en 1953 al 86% en 1955. Crecen las huelgas, que alcanzan servicios indispensables, como la salud o el transporte y la minería del cobre. A comienzos de 1954, reforzada por el paso a la oposición del PSP, la CUT endurece su rechazo del plan económico y el 1 de mayo Clotario Blest denuncia por “antisindical” la política económica, exige un reajuste de sueldos y salarios equivalente a la inflación anual y llama a la protesta:

“Camaradas, el panorama del país es demasiado trágico, hombres ineptos e irresponsables nos han llevado a esta situación [...] Los traidores y aquellos que venden a la Patria están en La Moneda: el Presidente y los Ministros [y además] en el Congreso Nacional”

El gobierno envía a Blest a prisión y los tribunales le aplican la ley de defensa de la democracia. Se decreta entonces un paro general en solidaridad con el presidente de la CUT que se lleva a cabo en mayo de 1954 y es un éxito. Obtiene la amnistía para Blest, un aumento salarial para los trabajadores del Estado y la posibilidad de negociar la “plataforma de lucha”, que incluye salario vital obrero, derogación de la ley de defensa de la democracia, inamovilidad del empleo y política contra las alzas de precios. En un acto de cierre del paro el presidente de la CUT ratifica sus acusaciones a “los traidores” y acentúa de este modo el perfil combativo que la central viene mostrando:

“Seguramente, aquí hay soplones y huincha magnética imprimiendo mi discurso, pero, yo vuelvo a repetir que en Chile hay miseria y sufrimiento de un pueblo, por la incapacidad del gobierno. No temo de caer en la Ley de Defensa de la Democracia como reincidente. Bien debe saber el gobierno que yo no hago otra cosa que traducir los sentimientos del pueblo [...] He sido arrastrado a los Tribunales y a la cárcel por injurias e incitar a la revuelta. Yo no he injuriado a nadie ni he incitado a la revuelta, salvo que así se llame a quien dice la verdad. Yo he llamado traidores a los traidores y por eso se me ha condenado”

Por estos mismos días, un complot militar inspirado por un grupo llamado “Línea Recta” intenta un golpe que permita a Ibáñez recuperar el control del Estado, cuestionado por el crecimiento de la oposición. El PSP responde con una enérgica reivindicación de la idea de nación y se dirige al PC y al Frente del Pueblo para proponerles una política que represente a las “grandes mayorías”. Como Recabarren en el Centenario y recogiendo una tradición cultural profunda del pensamiento izquierdista, Ampuero niega a la derecha autoridad moral para hablar en nombre de la nación:

“la unidad combativa del pueblo es el único medio para salir al encuentro del golpismo y de la aventura, porque ellos están alentados por la misma reacción que aparenta, hipócritamente, adherir a la democracia [...] en Chile no ha existido nunca una fuerza rectora que pueda hablar en nombre de la Nación, o de sus grandes mayorías ciudadanas. No pudo hacerlo la oligarquía tradicional, porque ella sólo cuidaba sus privilegios de casta; no pudo hacerlo la burguesía, porque se organizó socialmente como cómplices de una realidad oprobiosa; sólo el pueblo mismo, representado por un Partido o un conjunto de partidos auténticamente populares, estará en condiciones de organizar el país en función de los intereses mayoritarios y con un criterio nacional [...] Tarde o temprano esto deberá suceder y la unidad deberá imponerse”

Ante la imposición del llamado “Plan de rectificación económica” por parte del ministro de hacienda ibañista, que incluye ahorro forzoso, congelación salarial y restricción de los derechos sindicales, la CUT amenaza en septiembre de 1954 con un nuevo paro general. La oposición de las organizaciones de empleados estatales, que privilegian una ley de aumento salarial en el parlamento, impide el paro. En octubre, en un clima de protesta popular generalizada, el gobierno decreta el estado de sitio y desata la represión contra la CUT. Son detenidos Clotario Blest, Miguel Pradenas, Luis Figueroa, Bernardo Araya y Eleodoro Díaz Muñoz y otros dirigentes son relegados. La CUT, la FECH, el PSP, la Falange Nacional y el Frente Nacional del Pueblo forman un movimiento contra las violaciones a las libertades públicas derivadas del estado de sitio. El gobierno retrocede y se abre una fase de tregua política con la central.

Paralelamente, Ibáñez llama nuevamente al PSP a participar en el gobierno y este se muestra de acuerdo a condición de que el gabinete integre a la CUT. Los socialistas populares avanzan en la formulación de las líneas programáticas para el gabinete: plan económico de emergencia, inicio de una reforma agraria, estanco para la explotación del cobre, recuperación de las libertades públicas y participación de la CUT en las principales decisiones. Ibáñez lo aprueba en general pero los partidos de derecha reaccionan rápidamente y le ofrecen renovar el apoyo parlamentario, frustrando el acuerdo con los socialistas. Los sectores a la izquierda del PSP critican esta postura por “oportunista”. En respuesta a esta crítica, a su vez, Aniceto Rodríguez dirá que esta política “acuerdista” incrementa la adhesión al partido en las masas obreras:

"Aquella vez los socialistas demostramos a la faz pública que no éramos una academia teoricista y que teníamos voluntad política para afrontar situaciones difíciles y proponer soluciones de fondo a las graves

cuestiones nacionales. Por otra parte, esta unidad de acción socialista con la organización más representativa de los trabajadores suscitó un notorio aumento del prestigio del Partido Socialista ante las masas obreras, que vieron en él a un conglomerado consecuente con su composición social y su programa”

El éxito del paro de mayo de 1954 y el protagonismo público han dado a la CUT una posición de fuerza, pero durará poco. El gobierno insiste en la política “de austeridad” y antiinflacionaria que recomienda la llamada “misión Klein-Saks”, recién llegada de EEUU, y suspende el derecho de huelga por dos años. Producto de acuerdos explícitos con parlamentarios liberales y conservadores y con dirigentes empresariales, el plan de esa misión incluye reducción del gasto público y de la planta de empleados estatales, restricción del crédito, disminución de la intervención del Estado, “estabilidad” del salario y eliminación de reajustes, subsidios y controles de precios, y flexibilización de la tasa de cambio.

El Mercurio saluda la nueva política como una reforma integral de la economía, la derecha aprueba las leyes correspondientes en el parlamento y la CUT reacciona con un paro general en julio de 1955. En el intertanto, en mayo, se ha realizado una Conferencia Nacional de la CUT en la cual el PSP registra un fuerte aumento de su representación en consejos provinciales y sindicatos (transporte, cemento, papeles y cartones, cerveza, panificadores, molineros, cobre, metal, salud y magisterio). Es claramente ya una fuerza de magnitud similar a la del PC.

La Conferencia Nacional hace manifiestas las discrepancias ideológicas que separan a la mayoría de la dirigencia CUT (comunista, socialista de Chile, falangista y radical) partidaria de una lucha “*dentro de las normas democráticas*”, de socialistas populares y anarcosindicalistas, más inclinados a “*cambios revolucionarios*”. Simplificando, los primeros aparecen como “reformistas”, los otros, como “revolucionarios”. La tesis de la mayoría “reformista” es que las reglas de la democracia

“permiten, aunque malamente, a los trabajadores defender sus derechos adquiridos a través de herramientas legales ofensivas o defensivas, como la huelga”

Pero más allá de la estrategia la diferencia tiene consecuencias prácticas. Para unos, toda huelga debe tener plazos definidos (24 o 48 horas) para otros, la huelga eficaz debe ser indefinida, “insurreccional”. La conferencia aprueba una plataforma reivindicativa más realista que la insurrección y, sobre el punto específico, transa una definición ambigua, que tiene el aspecto de un triunfo de los “revolucionarios” sobre los “reformistas”:

“Si el desarrollo de la crisis económica y política de nuestro país conduce a cambios realmente revolucionarios, la CUT, a través del Consejo Directivo Nacional deberá decidir en tales circunstancias la táctica y su participación en el proceso revolucionario que permita llevarlo hasta su realización total”

En mayo de 1955, la CUT celebra un pacto con las fuerzas centristas y de izquierda, que la vienen apoyando, con el objetivo de traducir en proyectos de ley la plataforma de lucha. El paro nacional que la CUT realiza en julio se ve reforzado por ese pacto político y por el éxito de una huelga de ferroviarios y tranviarios iniciada poco antes que ha paralizado completamente el transporte en el país. Se pliega además un número importante de comerciantes que cierran sus

establecimientos. Clotario Blest hace manifiesta la fuerza política que parece adquirir en ese momento la acción de la CUT. El factor principal de triunfo, dirá, estuvo en el *“convencimiento que tenía la opinión pública de Chile que este paro estaba determinado a sacar del gobierno al señor Ibáñez”*

El éxito del paro lleva al gobierno a negociar con la CUT, en el plazo de diez días que ésta exige. Se forman entonces comisiones integradas por funcionarios y dirigentes de la central que estudiarán los temas pertinentes y elaborarán los proyectos de ley necesarios. Las comisiones inician su trabajo el mismo mes de julio y se restablece una vez más un clima de cordialidad y entendimiento entre la CUT y el gobierno.

Pero el crecimiento de la movilización, favorecida por la acción de la CUT, impulsa a empleados de reparticiones estatales a declarar una serie de huelgas en demanda de aumentos de salario. Los dirigentes de la CUT son sorprendidos, objetan que haya paros sin su conocimiento y que su intervención sólo sea requerida por los huelguistas cuando la respuesta represiva del gobierno exige un apoyo político mayor. El conflicto abrirá una nueva crisis política. Previendo el fracaso de las negociaciones con el gobierno, los dirigentes de la CUT sacan la lección, preñada de consecuencias históricas para las futuras discusiones de la izquierda, de que en las condiciones del Estado burgués, se requiere algo más que acuerdos con el gobierno para obtener beneficios para los trabajadores. Es la conclusión formulada por Clotario Blest y rechazada por los dirigentes radicales de la central, que ven allí un cuestionamiento “revolucionario” de las instituciones vigentes. En palabras de Blest:

“Me he convencido de que los problemas de los trabajadores no alcanzarán satisfacción en un régimen como este: fallan las estructuras mismas del sistema. La organización burguesa del Estado no es capaz de funcionar con tantos intereses creados, conviviendo y frenando la marcha. Dentro de poco se producirá la ruptura; la CUT nada ha perdido y sí aprendió mucho”

A pesar de que la central acuerda con el gobierno evitar sanciones a los huelguistas y solucionar sus demandas salariales, el acuerdo fracasa. Ibáñez arguye que los sindicatos no lo han respetado y alteran el “orden público”, aplica la “ley maldita”, decreta el estado de sitio y dispone la detención de dirigentes. Una declaración del Ministro del Interior fundamenta las *“medidas excepcionales”* en una supuesta conspiración revolucionaria internacional. El enunciado es una burda muestra de manipulación política:

“El decreto de estado de sitio se fundamentó en el conocimiento que tiene el gobierno de un nuevo plan sedicioso de elementos comunistas destinado a paralizar las más importantes industrias del país. El gobierno tiene identificados a quince agitadores internacionales que son rusos educados en España y que ingresaron al país con pasaportes falsos o como refugiados. Están estrechamente vigilados por la policía. Serán detenidos en breve. El gobierno hará una declaración pública, detallando los detalles de este plan en los próximos días y sancionará a los culpables”

A fines de octubre de 1955, el PSP realiza su XVI Congreso que proclama la estrategia de “Frente de Trabajadores”. La nueva línea declara agotados los frentes con los partidos *“burgueses”* porque *“prolongan la explotación de las masas”* y los restringe a los partidos obreros y la CUT. La consigna es *“revolución o miseria”* y, en un primer momento, sólo implica

la alianza con el Partido Democrático del Pueblo, uno de los dos herederos del viejo Partido Democrático (el otro se llama “Democrático” y participa en el frente con el PC) .

El PC, por su parte, propone alianzas más amplias (con socialistas, democráticos, radicales y social cristianos) en la línea del Frente de Liberación Nacional. La consiguiente discusión estratégica precede así a la fundación del FRAP que tendrá lugar sólo meses más tarde.

La CUT lanza en enero de 1956 su tercer paro nacional, en protesta por la economía de “austeridad” y en defensa de los atropellados derechos sindicales. El paro es favorecido por el clima social propicio que se plasma luego que una huelga del cobre iniciada en diciembre, que dura tres semanas, termina en un triunfo evidente. Lanzado como huelga general indefinida por los “revolucionarios” de la central, el paro es reprimido por el gobierno con el estado de sitio y detenciones de dirigentes nacionales y provinciales. Preparado insuficientemente, dirá una autocrítica posterior, es escasamente seguido por los bases con un balance desolador: desarticulación de la estructura orgánica de la central, gran dispersión de sus efectivos y un ambiente de recriminaciones generalizadas. Luis Corvalán Lepe recuerda algunas de las consecuencias de esa represión, incluido el detalle nada despreciable de la reapertura del campo de concentración de Pisagua:

“En los primeros días de 1956, la Central Única de Trabajadores llamó a un paro general en demanda de mejores salarios. El gobierno de Ibáñez se lanzó en picada en contra de la Central y detuvo a su directiva. Reabrió el campo de concentración de Pisagua. Allí fui a parar, junto con Volodia Teitelboim, Américo Zorrilla, Juan Chacón Corona, Justo Zamora, Manuel Gallardo, Jorge Montes y otros compañeros. Entre los relegados se hallaban el dirigente socialista Oscar Waiss y los periodistas José Gómez López y Fernando Murillo”.

Volodia Teitelboim, por su parte, recuerda la llegada en un pequeño avión a Pisagua, donde González Videla había internado hacía unos años a miles de comunistas:

“Llegamos de amanecida. Nos alojaron a todos en un extraño dormitorio, digno de una ópera a mal traer o de un cuento de terror en un país del Tercer Mundo: el descascarado hospital de Pisagua, totalmente a oscuras. Dormimos a saltos en nuestra primera noche de destierro. Soñamos con un pueblo donde todo estaba abandonado. Había sido dejado de la mano de Dios. Sólo quedaba el Diablo.”

La CUT reconoce la derrota y surgen disputas internas que amenazan con desintegrarla. Para Clotario Blest la causa del fracaso está en el intento de partidos de izquierda de subordinar la CUT, cuyo poder parece cuestionar el rol dirigente de la clase trabajadora que –creen- les es exclusivo. Partidos que no trepidan en “traicionar” la lucha común con tal de preservar sus posiciones. Se dicen “revolucionarios” pero, ante el peligro, quiebran la organización y capitulan ante la autoridad:

“Este paro nacional fracasó, pese a todas las explicaciones que nos demos para aminorar los efectos tremendos que tuvo sobre la moral de los trabajadores y el prestigio de la CUT. No creo que sea leal y honrado pretender negar estos hechos [...] la gran masa y la casi totalidad de los empleados no acataron la orden de la CUT y algunos partidos llamados de izquierda abiertamente atacaron esta resolución de la CUT y ordenaron a sus bases volver al trabajo al mediodía del 9 de enero [...] hasta hubo algunos gremios a cuyos dirigentes, que fueron los más intransigentes para llevar adelante este paro, ya que amenazaron

con retirarse de inmediato de la CUT si no se aceptaban sus deseos, los vimos que ese mismo día capitulaban ante las autoridades y dejaban en la picota a sus organizaciones. Todos fuimos testigos en Santiago que en ese día la locomoción fue más eficiente que nunca [...] Ninguna oficina pública cerró sus puertas y, según supimos ese día, los compañeros empleados llegaron más temprano que nunca a sus oficinas. Mientras tanto, cuatro dirigentes de la CUT eran encarcelados y numerosos otros dirigentes relegados [...] ¿Qué fuerzas subterráneas se movieron traidoramente para quebrar la organización? Porque a eso se iba. Es demasiado débil la explicación de que gran parte de los trabajadores deseaban ver los resultados de la ley de congelación [...] la CUT tomaba demasiado cuerpo y autoridad ante las masas trabajadoras y era necesario atajarla por no contar con una dirección sumisa a [...] los sectores que se creen determinados a dirigir a la clase trabajadora [...] Este fuego cruzado destruyó el paro nacional del 9 de enero”

Lo sugerente y sorprendente del episodio es que, aún con una retórica extrema, sus protagonistas mantienen una voluntad y práctica unitarias. En todo caso, por varios años, la CUT no volverá a insistir en su estrategia de paros nacionales.

Y a pesar de que la magnitud del fracaso pudo debilitar la unidad sindical, habrá un avance histórico en la unidad de la izquierda. Después de quince días de discusión, el 1 de marzo de 1956, los dos partidos socialistas, el comunista Partido del Trabajo, el Demócrata del Pueblo y el Democrático firman el Acta de Constitución del Frente de Acción Popular (FRAP) y eligen a Salvador Allende su presidente. El carácter y alcance de la unidad no han sido temas fáciles, particularmente por la resistencia del PC a las políticas restrictivas de alianza que propone el PSP. En febrero Orlando Millas había advertido en *El Siglo* contra la exclusión de radicales y falangistas que, dice, “*los echaría en manos del enemigo*”.

La unidad alcanzada es un hito en la historia de una izquierda que ya se siente movimiento popular capaz de derrotar a la derecha en elecciones democráticas. El FRAP buscará la unidad de las fuerzas de avanzada en el campo parlamentario, sindical y electoral, tras un programa “*antiimperialista, antioligárquico y antifeudal*”:

“dirigido a la emancipación del país, al desarrollo industrial, a la eliminación de las formas precapitalistas de la explotación agraria, al perfeccionamiento de las instituciones democráticas y a la planificación del sistema productivo con vistas al interés de la colectividad y a la satisfacción de las necesidades básicas de los trabajadores”

Para una mirada superficial, el FRAP representa el triunfo de la línea “revolucionaria” de Frente de Trabajadores del PSP sobre la del PC, partidario de frentes amplios y políticamente moderados. Pero desde una perspectiva histórica, el FRAP es un fenómeno más complejo y contradictorio, que hace coexistir una composición social e ideológica más “estrecha”, de impronta socialista, y una política y programa “amplios”, de línea PC. La correspondiente polémica teórica entre unos y otros tendrá, durante décadas, idas y venidas más o menos unitarias. A nivel sindical la constitución del FRAP contribuye a reconstruir las condiciones para la unidad, severamente dañadas por el fracaso estratégico que implicó el último paro general de la CUT.

La primera prueba para el FRAP son las elecciones municipales de abril de 1956. Es exitosa. Los votos de la izquierda llegan a 130.000 y elige 248 ediles. La mitad son del PSP.

Pero mientras nace el FRAP, en el terreno internacional ocurre otro hecho histórico para la izquierda: el XX Congreso del PCUS en febrero de 1956 condena “*los crímenes de Stalin*”, reconoce la necesidad de coexistencia pacífica entre el bloque socialista y los países occidentales y acepta la posibilidad de una vía pacífica al socialismo. Luis Corvalán Lepe que asiste a ese evento recuerda el dolor que experimentaron los militantes comunistas ante la caída del mito de Stalin:

“Tuve, pues, la oportunidad y el honor de asistir a ese histórico Congreso en el cual se denunció el culto a la personalidad y se bajó de su pedestal la figura de Stalin. El hecho conmocionó al mundo entero y especialmente a los partidos comunistas que se habían educado en la veneración de aquel hombre. La “desestalinización” del Partido Comunista de Chile ocurrió sin problemas, pero no sin dolores individuales. Cual más cual menos de nosotros habíamos leído sus obras y lo mirábamos y admirábamos como representante del Partido que había abierto a la humanidad la era del socialismo y del pueblo que había aplastado al fascismo. No teníamos idea de sus crasos errores o los tomábamos como invención del enemigo. “

En abril de 1956 el PC, aún en la clandestinidad, celebra en el balneario de Cartagena su X Congreso, que confirma la línea estratégica aplicada en los últimos años. El congreso pone énfasis en la democratización del país, el término de la “*ley maldita*” y la extensión del derecho a voto para uniformados y analfabetos. Hace un llamado a superar el peligro de sectarismo que ve en algunas manifestaciones de los aliados socialistas. Lo más significativo es la reafirmación del PC en la posibilidad de la “vía pacífica”, a propósito de la cual el historiador Luis Corvalán Márquez expresa:

“Los temas subyacentes, por tanto, eran los de la formación de mayorías sociales y políticas, la conformación de un sujeto nacional popular, y los referentes a la correlación entre cambio hacia el socialismo y democratización. En tal sentido, el PC en la práctica ---no en la teoría--- coincidió con la intuición que ya tenía Salvador Allende, y que después se conociera con el nombre de “vía chilena al socialismo”.

Desde 1950, la estrategia de Frente de Liberación Nacional había puesto a discusión en el PC la cuestión de las vías de la revolución. La definición de Reinoso a favor de la vía armada, rechazada por el partido, había evidenciado la crudeza de esta discusión. Y a pesar de que desde su fundación el PC ha seguido la “vía pacífica” sólo se la declara línea oficial en este X Congreso. Como afirma Galo González en el informe:

“la posibilidad de una vía pacífica o de una transición pacífica no ha sido implementada en Chile por el XX Congreso del PCUS sino por la nueva situación internacional que prevalece en el mundo y por nuestras condiciones y características nacionales”

Más allá, el X congreso comete dos errores, según rezará años después un documento de difusión del PC. Reemplaza el 4 de junio de 1912 (fundación del POS) por el 2 de enero de 1922 como fecha de fundación del partido y “*borra cuatro congresos nacionales*” (los que realizó el POS). En consecuencia se inicia como el XIV Congreso y finaliza como el X.

Luis Corvalán valora grandemente los acuerdos de ese Congreso, el XIV que finalizó como X:

“La represión de González Videla, la marginación y el aislamiento a que fue sometido el Partido, las dificultades internas que creó la fracción encabezada por Luis Reinoso después de la muerte de Ricardo Fonseca, el sectarismo y otros defectos que puso de relieve el informe de Galo González al X Congreso, redujeron sensiblemente las filas comunistas y nuestra influencia en la vida política. Hubo un momento en que no teníamos más de 3 mil militantes. (...) Lo primero que debíamos hacer era sacar el Partido a la calle, a la luz pública, a ponerse al frente de las reivindicaciones de las masas... (...) El Partido acometió con éxito estos deberes... (...) Tuvo una gran importancia la definición que en ese momento hizo el Partido acerca del carácter de la revolución chilena, antioligárquica y antiimperialista, y de la vía pacífica que ella debía seguir”.

En aquellos meses y en los dos años siguientes, los socialistas chilenos intentan un paso inédito en su política de no alineamiento internacional al vincularse a la Internacional Socialista (IS), que reúne a los partidos genéricamente llamados “socialdemócratas”, y crea un Secretariado Latinoamericano. En mayo de 1956, con motivo de realizarse en Montevideo el Primer Comité Consultivo Latinoamericano de la IS, el PSP se hace representar por Raúl Ampuero y Federico Klein, uno de los fundadores del partido en 1933. A la segunda reunión del organismo, realizada en Buenos Aires en diciembre del mismo año, concurren Clodomiro Almeyda y Raúl Ampuero. Y en abril de 1958, con motivo de los 25 años del PS, y cuando éste ya está unificado, se reúne nuevamente el Comité Consultivo, esta vez, en Santiago de Chile. En la IS latinoamericana participan buena parte de los PS del continente, por ejemplo, los de Brasil, Colombia, Perú, Acción Democrática de Venezuela, APRA del Perú y MNR de Bolivia. El secretariado durará pocos años más, incapaz de resolver satisfactoriamente las dificultades planteadas por el alineamiento de la IS con los EEUU en la “guerra fría” y las políticas crecientemente “izquierdistas” de los socialistas del continente, por ejemplo, la de unidad con el PC que se lleva a cabo en Chile.

Entre los dirigentes sindicales se extiende también una preocupación política y práctica en referencia a la situación internacional. Clotario Blest ha viajado a Argentina durante el segundo gobierno de Perón para intentar interceder por la libertad de algunos opositores detenidos. Su gestión es rechazada y él mismo es objeto de persecución. Cuando cae Perón, en septiembre de 1955, la persecución antiobrera es feroz y, a mediados de 1956, Blest intercede ante el gobierno militar de Aramburu por la condena a muerte de algunos dirigentes. El hecho motivará un caluroso agradecimiento de Perón desde Panamá, donde se encuentra exiliado:

“He seguido su trayectoria en Chile al frente de la CUT, conozco y valoro su predicamento entre los compañeros chilenos y sé que su orientación coincide con la nuestra en el enfoque de los problemas que nos son comunes. Estamos empeñados en una lucha a muerte con la oligarquía argentina y con el imperialismo que pretende recolonizarnos y someter a la clase trabajadora argentina a la explotación y la esclavitud de que nosotros la sacamos. Por eso deseo hacerle llegar mi más profunda gratitud por su noble gesto solidario”

También en referencia a la cuestión internacional surge en ese tiempo una crítica al PC en el sentido de no haber aquilatado debidamente la descarnada crítica al estalinismo surgida del XX Congreso del PCUS. Sobre el punto, el discurso de los comunistas chilenos admite serios “errores”, sin especificarlos, y asevera que, a pesar de ellos, *“el avance del socialismo continúa”* en el mundo. En realidad, el PC muestra en la coyuntura la distancia entre su autonomía política

nacional y su invariable adhesión internacional a la política soviética. Con motivo de la invasión de Hungría en agosto de 1956, Galo González declara:

“Lo que ha sucedido en Hungría es muy complejo, pero podemos distinguir, por una parte, un intento de restablecer el capitalismo y establecer un régimen fascista, y por otra el justo proceso de democratización de ese país [...] Interviniendo en Hungría los soviéticos defienden el socialismo y la paz”

Los dos sectores socialistas, más una enérgica declaración de Allende, condenan esta intervención soviética como aplastamiento del poder ganado por las fuerzas populares. Por el PSP, Raúl Ampuero valora los avances del XX Congreso del PCUS en cuanto a coexistencia pacífica y respeto a la autonomía nacional de la vía al socialismo, pero plantea interrogantes estratégicos que estarán por años en el meollo de la discusión de la izquierda:

“¿se restablecerá en la URSS la democracia, sobre la base material de una economía arrebatada al capitalismo privado? ¿será reconocida en los hechos la necesidad de una expansión policéntrica del socialismo en el mundo, de acuerdo a las peculiaridades nacionales de cada país? ¿podría el capitalismo de Estado en que derivó el régimen ruso desenvolverse hacia formas auténticamente socialistas?”.

Los sucesos de Hungría y la evolución autoritaria de la dirección de Khrushchev parecieron dar una respuesta negativa. Ampuero se preguntará además por la posibilidad real de que, a partir del XX Congreso soviético, los comunistas chilenos adopten una política de alianzas que no sea la mera inercia de los frentes populares con la burguesía nativa:

“Si, por el contrario, lograran sacudirse valerosamente de los hábitos cultivados durante tantos años para reexaminar el carácter de las tareas planteadas por la realidad chilena de ahora, sin prejuicios y sin servidumbres intelectuales, con seguridad sus conclusiones contribuirían poderosamente a fortalecer la acción del pueblo y la clase obrera. Nuestro trabajo común sería algo más que un episodio de limitados alcances, sería el punto de partida del movimiento más pujante y prometedor de los protagonizados por los trabajadores en nuestro suelo”.

LA REVUELTA POPULAR DEL 2 DE ABRIL DE 1957 Y LA REUNIFICACIÓN DEL PS.

En el segundo semestre de 1956, la recesión y el desempleo que traen consigo las políticas de la misión Klein Saks alimentan la ruptura de Ibáñez con la derecha, que exige una mayor austeridad y la eliminación del déficit fiscal. En junio de ese año, el senador Eugenio González (PSP) reafirma el rechazo socialista al rumbo “antipopular” del gobierno:

“Aparentemente el señor Presidente de la República ha resuelto dar a su gobierno una orientación definida, una especie de liberalismo económico con un disimulado autoritarismo en lo político. Todo ello con vista a facilitar el ingreso de capitales extranjeros y a obtener cuanta ayuda sea posible de los Estados Unidos de Norteamérica”

La letra de una cueca cantada en un acto de la CUT de ese mismo año refleja bien el sentimiento popular:

“Saldrá el miércoles la CUT/ con los partidos del pueblo/ a barrer como un alud/ las mentiras del gobierno./ Dijo que baratura/ y hay carestía/ dijo que libertades/ y hay tiranía./ Hay tiranía y hambre/ y hay kleinsaqueo/ y a Chile han agarrado/ para el tandeo./ Contra el tandeo, salgan/ hombres, mujeres/ a deshacer la ronda/ de Letelieres/ Y contra Letelieres/ y nailoncismo/ hagamos gran jornada / de patriotismo./ ¡Todos a concentrarnos,/ vamos andando!”

Con un gobierno así aislado y debilitado, el clima social se tensa una vez más. El 17 de septiembre de 1956, la represión de una huelga en la oficina salitrera Pedro de Valdivia provoca tres muertos y veinticuatro heridos. El PSP propone unir la CUT con los partidos de izquierda para enfrentar la línea represiva del gobierno y abrir paso a una democratización del país. La Conferencia Nacional de la central, en febrero de 1957, acusa recibo y levanta un programa que, junto con exigir el término de la “estabilización” de sueldos y salarios, su reajuste equivalente al aumento del costo de vida, pone énfasis en la derogación de la ley de defensa de la democracia. Esta plataforma es aprobada por unanimidad pero las discrepancias surgen, una vez más, en torno a la estrategia. La mayoría está por una alianza con los partidos políticos y la minoría, anarcosindicalista, la rechaza y propone la acción directa y exclusiva de los sindicatos. Derrotada, se margina de la central y conforma el llamado Comité de Recuperación Sindical, que intentará por un tiempo, sin éxito, dividir la CUT.

Hacia fines de 1956, la guerra fría entre EEUU y occidente y la URSS y los países del este europeo no da espacio para alternativas democráticas que incluyan al comunismo, presentado como peligro para los valores occidentales y cristianos del “mundo libre”. Se impone una ideología persecutoria cuyo símbolo es el senador estadounidense Joseph Mc Carthy quien, unos años antes, ha emprendido una batida en su país contra todo aquel con apariencia de “comunista”. En Chile el embajador norteamericano se encarga de traducirla en brutal advertencia en un discurso de noviembre de 1956:

“Este es otro lazo que une a Chile y a los Estados Unidos; otro paso en el camino de la cooperación interamericana, cuando los valores occidentales y cristianos y la integridad misma de nuestras naciones son amenazados en forma creciente por las ateas y brutales fuerzas del comunismo”

Diciembre de 1956 registra una de las pocas oportunidades en que los socialistas proponen al PC la fusión de ambos partidos. Este tipo de propuestas había corrido siempre por cuenta del PC. En un acto en el Teatro Caupolicán de Santiago, el secretario general del PSP Raúl Ampuero sostiene que hay dos factores que favorecen la unificación: la apertura traída al movimiento comunista internacional por el XX Congreso del PCUS elimina obstáculos para que socialistas y comunistas elaboren “una línea chilena para la liberación social” y, segundo, el FRAP puede ser una nueva desilusión si no se avanza en la constitución del “Partido Único Revolucionario de los Trabajadores”. Allende coincide con los socialistas populares, pero a condición de que el partido único nazca como fruto de un proceso político madurado en la base. El PC, aún ilegal, responde a través de Volodia Teitelboim que aún no es tiempo para la iniciativa:

“Cada cosa debe hacerse a su tiempo. La unidad no puede decretarse, tiene que desarrollarse en un proceso. El FRAP es un comienzo y es un buen comienzo. Por otra parte, la lucha por la unidad tiene etapas y estaciones. La próxima estación es la elección de marzo”

Son días, dicen los historiadores G. Salazar y J. Pinto, en que la política y los líderes más representativos, tanto de izquierda como de derecha, enfatizan la cuestión económico – social como el problema de fondo del país, central para la definición de toda política. Perciben, por consiguiente, el antagonismo y el conflicto de clase como dato (estructural) de la condición de asalariado y no sólo como calificativo utilizado en la retórica de las discusiones partidarias o parlamentarias. Salvador Allende, por ejemplo, en un discurso en el Senado, planteará que la salida para el problema de fondo del país está en el desarrollo de una “conciencia cívica” legalista en el movimiento popular, que reconozca a la izquierda y en particular al PC su trayectoria de respeto a la legalidad:

“Nosotros creemos que ha llegado la hora de que los partidos auténticamente populares creen una conciencia cívica capaz de brindarle a Chile una salida política, una alternativa distinta, una solución nueva, y esta salida política la estamos labrando lealmente en el Frente de Acción Popular [...] Estamos trabajando con el Partido Comunista de Chile [...] Y yo no vi jamás, durante la época en que fui ministro de don Pedro Aguirre Cerda [...] una actitud subversiva del Partido Comunista. En esa época, el partido Comunista estaba en la ley; no tenía ministros ni funcionarios; recorría las calles y plazas de Chile dentro de nuestros marcos legales [...] No lo vi nunca intentar en contra del Presidente que él había contribuido a elegir [...] el señor Juan Antonio Ríos no pidió ni aceptó la colaboración del Partido Comunista, pero lo respetó, porque dentro del marco constitucional y legal tenía derecho a su vida propia.”

Pero la “conciencia cívica” de que habla Allende será sometida a prueba en poco tiempo. El clima de agitación anuncia una crisis política y social de proporciones. En enero de 1957 se ha formado, en Santiago y Valparaíso, un comité contra las alzas de precios en que participan la CUT, la FECH, la Juventud Socialista, que dirige el sindicalista Hernán Del Canto, y la Juventud Comunista, encabezada por los estudiantes Enrique París y Gladys Marín.

Son tiempos de crecimiento de la izquierda en la sociedad. En las elecciones parlamentarias que se realizan en marzo resultan elegidos tres senadores y nueve diputados de los partidos socialistas. Entre ambos suman un 11% del total de votos. El PC no elige por estar impedido legalmente de participar. Al nacer, el FRAP ha contado con una representación parlamentaria poderosa, de 38 diputados y 8 senadores. En las elecciones de 1957 mantiene su cuota de senadores pero baja a 17 diputados. Cuatro de los que ha elegido son eliminados por el Tribunal Calificador de Elecciones, acusados de “comunistas”. La Falange Nacional, por su parte, obtiene casi el 10% de los votos y Eduardo Frei Montalva es senador por Santiago electo con la primera mayoría nacional.

A fines de marzo, un hecho menor colma la paciencia popular al aumentar el valor del pasaje de la locomoción colectiva en Valparaíso y Santiago. Los estudiantes porteños erigen barricadas humanas e impiden la circulación de vehículos, una muchedumbre se suma al movimiento, apedrea vehículos, destroza bancos de las plazas y comete otros desmanes. La policía reprime violentamente, hay muertos y heridos y sólo retorna el orden cuando la marinería desciende de los barcos y ocupa la ciudad.

El lunes 1 de abril, la rebelión se extiende a Santiago, los estudiantes copan el centro de la ciudad, atacan e incendian buses de la locomoción colectiva y son enfrentados por carabineros en una verdadera batalla campal. Al día siguiente, martes 2 de abril, la batalla cobra mayor

violencia. El centro de Santiago es objeto de actos violentos aparentemente destinados a una destrucción que signifique que “*nada quede entero*”. La furia colectiva se dirige contra garitas y buses, bancos de plazas, automóviles, vidrieras de tienda. La masa callejera ha engrosado. Se han sumado a los estudiantes miles de pobladores venidos de los barrios periféricos, entonces conocidos como “poblaciones callampa”. Hay quién dice que el gobierno libera presos de las cárceles para aumentar la violencia y justificar la represión posterior. Por primera vez en medio siglo, aparecen pobladas en el centro de la capital, son apedreados el edificio de El Mercurio, el Palacio de Justicia, el Congreso Nacional, incluso La Moneda.

Los carabineros son sobrepasados e interviene el ejército con “*toda la potencia de fuego*”, al decir del general al mando de la “zona en estado de emergencia”, decretada por Ibáñez. Las tropas asaltan el local del Partido del Trabajo (organización constituida por algunos militantes comunistas ilegales) y destrozan la imprenta Horizonte, propiedad del PC. El local del PSP en la calle Londres es sitiado y se le cortan los teléfonos. Se necesitarán varios días para poner fin a la revuelta, con un balance oficial de 22 muertos ---que muchos sostienen son varias decenas--- y centenares de heridos. Son relegados por varios meses Clotario Blest y otros dirigentes de la CUT. Los efectos políticos del 2 de abril no serán ignorados, ni por el gobierno ni por la izquierda.

La revuelta popular del 2 de abril careció de dirección política pero lo que evidenció respecto de la izquierda es más complejo, dirá años después un testigo directo, Hernán Del Canto,. Si bien el comité contra las alzas, controlado por los partidos de izquierda, llama a protestar a fines de marzo, la rebelión de abril es una reacción espontánea, sin organización ni dirección apreciables. Estudiantes secundarios y universitarios participan activamente, bajo la conducción de la Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago y de la FECH, en cuyas direcciones hay estudiantes comunistas, socialistas, radicales y cristianos. Militantes comunistas de la FECH participan activamente, tras el objetivo estratégico, según pareciera, de obligar al partido a un cambio “revolucionario” de su línea política. Son expulsados por “reinosistas” en el Congreso de la Juventud que se realizará en noviembre de 1957. Entre los jóvenes socialistas ocurre algo parecido, muchos salen a la calle y participan en los desbordes pero el PSP los desautoriza.

Todos los grupos más izquierdistas de los años sesenta verán el 2 de abril como una insurrección popular que los partidos socialista y comunista no apoyaron por reformistas. Para estos, sin embargo, si el FRAP hubiese “combatido” habría sido aplastado y no habría logrado el crecimiento que lo llevó, un año después, a disputar las elecciones presidenciales y generar una sólida alternativa en el marco del Estado de derecho. Pero las lecciones de los acontecimientos de abril tienen para el PC un alcance mayor que la pura constatación de la importancia de los “provocadores” en las luchas de masas. Para Mario Garcés, a partir de entonces el PC reconoce que el país ya no es el mismo de los tiempos del Frente Popular, “*se han producido cambios en la población chilena*”, como dice un informe a un Pleno de ese partido realizado un mes después del levantamiento. Disminuye la población campesina, crecen el proletariado y “subproletariado”, los campesinos emigrados a la ciudad, las mujeres incorporadas a la industria y los trabajadores jóvenes. Nuevos actores sociales emergen así a las luchas sociales y políticas, aunque se trata de “*masas políticamente atrasadas*” que el partido “*debe educar y dirigir por el buen camino*”,

vinculándolas a las luchas de la clase obrera. El informe de Luis Collao al Pleno de marras dice lo siguiente:

“Creo que está claro que en las luchas callejeras de los primeros días de abril participaron muchos de estos trabajadores jóvenes políticamente atrasados y que no pocos de ellos, sin suficiente claridad, ni orientación, creyeron que actuaban bien, hicieron cosas que no debieron hacer o no ayudaron a aislar y aplastar a los provocadores y delincuentes que soltó el Gobierno para tratar de desviar y desprestigiar ese movimiento popular”

No obstante la convulsión política que genera, la revuelta del 2 de abril favorece una pronta reunificación de los socialistas. La agitación política callejera ha mostrado el impulso que puede adquirir la movilización de las masas y, a la vez, la carencia de una dirección política adecuada. Entre el 5 y el 7 de julio de 1957, el PSP dirigido por Raúl Ampuero y el PSCH por Salvador Allende realizan su Congreso de Unidad, tras intensos conciliábulos. Almeyda recuerda uno de ellos, al referirse a sus relaciones con Allende y la “complicidad” que encuentra en éste para favorecer el proceso unitario:

“Fue así como las ya precarias relaciones que manteníamos se debilitaron aún más y durante varios meses apenas nos hablábamos. Pero andando el tiempo -y aún encontrándonos ya en dos orgánicas socialistas diversas: yo socialista popular y él socialista de Chile-, a fines del Gobierno de Ibáñez nuestras relaciones se deshielaron y tuvimos muchas veces oportunidad de dialogar con franqueza, de manera fraternal e informal, en casa de amigos comunes como Carlos Altamirano o Manuel Matus Benavente. Incluso “conspiramos” juntos por lograr la reunificación del socialismo en 1957, cuando todos integrábamos el Frente de Acción Popular que habíamos conformado con los comunistas y otras fuerzas políticas”.

Tras afirmar la incapacidad del régimen “capitalista y feudal” chileno para asegurar el desarrollo económico y democrático del país, el congreso proclama la necesidad de un nuevo orden social, “un Estado de nuevo tipo” y la “planificación socialista” de la economía. La tesis del socialismo unificado es que la burguesía chilena, las clases medias y sus partidos no están en condiciones de lograr el desarrollo nacional. Advierte en consecuencia contra “los efectos disociadores, corruptores y enervantes de la acomodación de los partidos revolucionarios al juego político e institucional de la democracia burguesa”, que les impide utilizar el sistema para avanzar al socialismo. Ratifica la línea de Frente de Trabajadores, condena la “demagogia” y “confusionismo” de los partidos de derecha y centro (conservador, liberal, agrario laborista, demócrata cristiano y radical), reafirma el FRAP y proclama su derecho a candidato propio en las próximas elecciones presidenciales. El PS unido se concibe como “un partido de masas y de cuadros” capaz de dirigir todo movimiento social progresista. En el plano internacional, el congreso aprueba un voto, que será posteriormente revisado, de adhesión al bloque soviético.

El Congreso incorpora además a dirigentes socialistas de los primeros años que habían dejado sus filas, entre ellos el zapatero de origen anarquista Augusto Pinto y Oscar Schnacke, antes expulsado por su anticomunismo. Salomón Corbalán es elegido Secretario General por 84 votos contra los 70 que obtiene, en ausencia, Eugenio González.

Esos días ocurre un hecho que creará condiciones políticas y sociales enteramente nuevas para la izquierda chilena y las luchas sociales en que busca sustento. Por su ideología y política

democrática como por la capacidad de representación popular alternativa a la de izquierda, que hará ostensible el nuevo partido, la fundación del Partido Demócrata Cristiano será un hecho mayor para la izquierda. En julio de 1957 la Falange Nacional y el Partido Conservador Socialcristiano se fusionan y, junto a desprendimientos de otras organizaciones políticas menores, dan nacimiento al PDC.

En agosto del mismo año, la CUT realiza su Primer Congreso, al que concurren 1345 delegados de 495 organizaciones sindicales y gremiales. El movimiento sindical se está consolidando progresivamente. Con anterioridad, la izquierda y en particular los socialistas han diagnosticado una “desviación” espontaneísta e inorgánica de la conducción de la CUT, personalizada en su presidente Blest. Crítica que retoma la larga polémica entre los que ven al sindicato como un frente sujeto a la dirección del partido y otros que le reconocen capacidades propias y autónomas de dirección política. El dirigente socialista Hernán Del Canto, quien más tarde será secretario general de la CUT, lo expresa de la siguiente manera:

“La CUT sigue mostrando una gran capacidad de agitación, en un estilo impuesto por su Presidente. Sin embargo, es una central desprovista de métodos correctos de organización, sin capacidad de conducción real, e incluso sin programa frente a los grandes problemas de la sociedad. Además acusaba la tendencia a entusiasmarse con pseudo ofrecimientos gubernamentales. Un hecho que prueba nuestra afirmación: en el primer trimestre de 1957, mientras la ola de protestas contra el gobierno se acentuaba y la represión adquiría enorme fuerza, el Consejo Directivo de la CUT, encabezado por su Presidente, se entrevistaba con el Presidente de la República para ‘negociar’ un posible ingreso de la CUT al gobierno, sugerencia hecha por el muy hábil general Ibáñez. Esa debilidad, de raíz un tanto ‘anarquista’, provocaba gran confusión entre los trabajadores y preanunciaba la repetición de errores históricos cometidos por las centrales anteriores a la CUT. Sin embargo, de tal desviación no hay que excluir a las tendencias marxistas de la central, y en este caso específico a la propia corriente socialista”

En el congreso, la representación demócrata cristiana cuestiona el carácter “clasista” de la declaración de principios y es derrotada por la mayoría socialista comunista, que decide mantener esa definición. Los democristianos rechazan entonces participar en la dirección de la central, a la que no obstante se reintegrarán un tiempo después, luego de una laboriosa negociación. El congreso reelige presidente a Clotario Blest con votos comunistas y radicales, en contra de un oponente socialista. Se designa un consejo directivo compuesto de 10 comunistas, 10 socialistas, 3 radicales, 1 independiente y 1 socialista disidente. La mayoría socialista comunista es abrumadora y la tendencia anarquista, presente desde la fundación, ha desaparecido. La dirección de Clotario Blest se ha debilitado.

LA CANDIDATURA DE ALLENDE EN 1958: LA IZQUIERDA ACTOR POLÍTICO POPULAR

Al terminar 1957 la desintegración del ibañismo refuerza la creciente desconfianza de conservadores y liberales por el abandono de las políticas de “austeridad” y “estabilización”. Tras la caída de Perón en Argentina y de denuncias sobre vínculos ibañistas con el peronismo, el distanciamiento de la derecha es aún mayor. La ruptura abonará un entendimiento de Ibáñez con la izquierda y los partidos de centro cuyo objetivo explícito es ya el “saneamiento democrático”

de los mecanismos de representación política, gravemente afectados por la práctica masiva del cohecho y la proscripción de un segmento importante de la ciudadanía.

El rechazo popular al rumbo derechista de la política oficial, la unificación socialista y el “saneamiento democrático” son señales que anuncien la fuerza y amplitud de la candidatura de Salvador Allende en las elecciones de 1958.

Con la fórmula “*un camino nuevo, un candidato popular y un programa de lucha*”, en septiembre de 1957 se realiza, en el Salón de Honor del Congreso Nacional, la Convención Presidencial del Pueblo, que decide la candidatura a presidente y el programa de la izquierda para 1958. Participan unos 1.800 delegados, provenientes de organizaciones sociales y de base vinculadas a los partidos. Hay entre los “convencionales” una mística popular poco habitual en la política, sienten que protagonizan la continuidad histórica con las luchas de los araucanos por la tierra y la independencia de la nación:

“la Convención Presidencial del Pueblo demostraba que la nueva izquierda chilena no era un movimiento improvisado ni circunstancial, sino que correspondía ya al desarrollo en condiciones superiores de las luchas legendarias del pueblo chileno, desde aquellas que caracterizaron el empuje de los araucanos que defendían su tierra natal en tiempo de la conquista, hasta los constructores de nuestra nacionalidad que a comienzos del siglo pasado llevaron a cabo la proeza de fundar la república y emanciparnos del yugo extranjero”

El FRAP, ahora integrado por un PS unificado, es de lejos la fuerza principal en la convención. Participan además la ibañista Alianza Nacional de Trabajadores, dirigida por Mamerto Figueroa y el Partido Radical Doctrinario de Arturo Olavarría. Junto a Allende y a Figueroa son precandidatos Rudecindo Ortega, por el Partido Radical Doctrinario, el ex ministro Guillermo Del Pedregal, como independiente, el presidente del PT Humberto Mewes y el ex presidente de la Sociedad Nacional de Minería, gremio de los empresarios mineros, Francisco Cuevas Mackenna. Tras deliberaciones en las cuales Allende amenaza con renunciar si no hay unidad, la convención lo designa candidato por aclamación y aprueba una plataforma programática.

En plena campaña presidencial, a fines de octubre de 1957, el resurgimiento de la reivindicación de la “casa propia” muestra una izquierda que renueva sus vínculos con las luchas sociales. La masiva toma de tierras en la población La Victoria es el primer paso de un amplio movimiento social de pobladores, expresión orgánica del anhelo de vastas capas populares de conquistar una vivienda digna. Para los chilenos de izquierda de esos tiempos, dice Orlando Millas, participante de la acción, “*permanecerán siempre imborrables las escenas de empuje de esas familias de pobladores*”. Bajo la dirección del PC, incluida en esta oportunidad la intervención directa del secretario general Galo González, una noche de fines de octubre miles de personas convergen en los terrenos de lo que era la chacra La Feria, en San Joaquín, para ocuparlos y fundar una población que, con el tiempo, tendrá 35.000 habitantes. La amplitud de la movilización popular que así se vive es destacada en las memorias de Orlando Millas:

“Algunos llegaron en micros, camiones o carretelas, conseguidos con amigos de confianza; pero la mayoría se trasladaron a pie, llevando sus bultos a cuestras o en carretillas de mano [...] Cada familia sabía dónde se instalaría de acuerdo a planos provisorios del terreno. Traían sus ropas de cama y modestos

enseres; algunas familias estuvieron en condiciones de traer también algunos materiales elementales para levantar un reparo y absolutamente todas tenían una bandera chilena [...] característica del nacimiento de este nuevo conglomerado humano, así como pasó a serlo en el futuro de las diversas tomas inspiradas durante más de un decenio en la hazaña de ese treinta de octubre de 1957”.

Aparte del rol del PC como principal organizador, la toma de La Victoria cuenta con el apoyo de parlamentarios del FRAP. Contra las opiniones de sus consejeros, que ven en ello un peligro para la imagen del candidato, Allende decide hacerse presente e intervenir personalmente. En la memoria de Millas:

“Fue inútil discutirle. Argumentó que si un gran número de los chilenos más pobres de Santiago exponían sus vidas y las de sus familias para obtener algo tan elemental como el derecho a la vivienda, consideraba una cobardía inaudita no estar junto a ellos, acompañándolos, dándoles aliento y empleando como contención de posibles represiones su cargo y su fuero parlamentario. Efectivamente [...] poco más allá de la medianoche llegó calladamente Salvador y visitó uno a uno esos núcleos humanos, conversando, expresando su apoyo”.

Surge así lo que será con los años un poderoso movimiento de pobladores, sostenido por la izquierda y, con particular fuerza, por el PDC. Se desarrolla en la base poblacional, entre las familias de nuestro pueblo, dirá Millas en sus memorias, un estilo de confianza en sí mismas, de integración democrática y convivencia fraternal, planteándose sucesivas metas progresistas. El párrafo explicita la singular relación entre demandas materiales inmediatas y conciencia democrática que terminaría, doce años más tarde, llevando a Allende a La Moneda :

“Se fueron alcanzando reivindicaciones como la creación de escuelas, el agua potable, el establecimiento de compañías de bomberos, la instalación de policlínicos, las cunetas de las calles, después sus veredas y a continuación la pavimentación de las calzadas, el alumbrado público, la red de alumbrado domiciliario, el alcantarillado, las canchas deportivas, la extensión de los servicios de la locomoción, el arreglo de plazas y parques, los jardines infantiles [...] se suele creer que la alborada democrática que significó el gobierno popular habría sido un mero asunto electoral, de trajines parlamentarios y de cúspides políticas [...] De lo que se trató fue del desarrollo de una conciencia democrática de inmensos contingentes populares que tomaron en sus manos la solución de trascendentes problemas nacionales y así llegaron a gestar un gobierno dispuesto a atender sus demandas”

Desde esta visión, la experiencia pone en juego toda una concepción de la izquierda respecto del derecho de propiedad. Sólo dogmáticos inveterados, en palabras de Millas, pueden confundir la lucha por la propiedad de los grandes medios de producción con una reaccionaria batida contra la propiedad en general. Es mérito de la FOCH de Recabarren el haber levantado poblaciones como La Legua Vieja y lo es del Frente Popular haber impulsado la Caja de Habitación. Es un mérito de la izquierda y, sobre todo, del allendismo, agrega, no incurrir en posiciones simplistas sobre la propiedad y defender la propiedad del pueblo sobre sus bienes. Cuando rompiendo normas y atropellando autoridades hostiles miles de familias toman terrenos baldíos, las mujeres, sobre todo, muestran una especial preocupación por tener un título de dominio e inscribirlo en el Conservador de Bienes Raíces. Esto indica más de algo, concluye:

“Varias veces discutí con compañeros, imbuidos de esquemas mentales, que se manifestaban alarmados porque su visión del proletariado revolucionario era la de obreros que no tuviesen “nada que perder salvo

sus cadenas” y consideraban reformistas y contraproducentes la proliferación de familias obreras y campesinas propietarias de inmuebles y que obtuviesen el mejoramiento de ellos”

Según relata Mario Garcés, las tomas que dan origen a la población La Victoria han tenido una preparación previa en que participan activamente, además de varios parlamentarios y dirigentes comunistas, mencionados, otros del PS, particularmente uno de los más destacados de la zona sur de Santiago, Mario Palestro. Garcés señala que este, como diputado del Tercer Distrito, estuvo presente esos años en los diversos movimientos de pobladores de la comuna de San Miguel, de la cual había sido también regidor. En sus memorias escritas cincuenta años después Palestro reivindica la acción de su partido entre pobladores y trabajadores de la zona:

“La lucha permanente y sin tregua de los socialistas provenía de su inserción en el pueblo, con la mano tendida a la gente más modesta. Ayudando en los movimientos huelguísticos de la clase trabajadora, encabezando las ocupaciones de terreno para entregar la siempre esquivada tierra chilena a la gente sin casa”

En marzo de 1958 fallece el secretario general del PC Galo González y lo reemplaza el profesor Luis Corvalán López. Será su principal figura en las tres décadas posteriores. El mismo mes se realiza una elección complementaria de diputado por el tercer distrito de Santiago (San Miguel, Puente Alto, etc) en la que, entre cuatro candidatos, resulta electo el candidato de la derecha. Días después se forma el Bloque de Saneamiento Democrático con las fuerzas de izquierda, el PDC y el PR. Con el apoyo del gobierno, esta agrupación presenta un conjunto de iniciativas destinadas a perfeccionar el régimen político en dos aspectos esenciales: la representatividad del electorado y la transparencia del acto eleccionario. La ley respectiva es aprobada el 31 de julio de 1958. Su articulado deroga la Ley de Defensa Permanente de la Democracia y restituye, por consiguiente, sus derechos políticos a quienes, acusados de “comunistas” o “subversivos”, estaban legalmente proscritos. Entonces, dice Luis Corvalán, el PC agradece públicamente a Ibáñez

“Una delegación del Partido, formada por Pablo Neruda, Julieta Campuzano y yo nos entrevistamos con el Presidente Ibáñez. Este nos había perseguido brutalmente durante su primera administración (1927-1931) y, desde el principio, fuimos tenaces opositores de su segundo gobierno. Pero nobleza obliga. En agosto de 1958 fuimos a La Moneda para agradecerle la exitosa iniciativa que había tomado en orden a derogar la ley que nos mantenía al margen de la igualdad de derecho y pretendía marginarnos de la vida política”.

Ibáñez durante su larga trayectoria política tiene una contradictoria relación con la izquierda, como surge también del balance que hace Clodomiro Almeyda del segundo gobierno de quien fuera llamado por su partidarios “el general de la esperanza”:

“no se produjo la temida regresión dictatorial del Gobierno y éste se mantuvo dentro de los marcos democráticos e institucionales. Y por el contrario, dos grandes iniciativas de orden político fortalecieron nuestra democracia: la primera fue la derogación de la ley represiva anticomunista (...) La segunda iniciativa fue una nueva ley electoral que perfeccionó y saneó el procedimiento para designar democráticamente a las autoridades, desterrando de las prácticas electorales el cohecho”.

En el diario “Clarín”, de alta circulación, fundado en 1954 por Darío Saint Marie, amigo personal de Ibáñez y de Salvador Allende, el periodista de izquierda Fernando Murillo se refiere conceptuosamente a Ibáñez que, en 1960, acaba de morir:

“Ibáñez desprecia a la plutocracia y la maltrata, se escapa al control aristocrático. Mantiene entre los antiguos y viejos amos de todo, un permanente estado de desasosiego y desconcierto. (...) Derrocha lo que uno pocos querían amontonar para ellos y reparte el bien. Muchas veces sin arte ni concierto, pero ofrece al pueblo una mayor oportunidad y acceso al goce real del bien común (...) Procura entenderse con las organizaciones obreras, busca todos los caminos para un Gobierno popular y vjusticiero... Finalmente, cumple su máximo compromiso de verdadero demócrata, derogando la ley maldecida por el pueblo...”

Al establecer el procedimiento de “cédula única”, es decir, el uso de una única papeleta oficial para votar, numerada a los efectos de control de su uso efectivo, el saneamiento democrático elimina la práctica de la derecha de comprar el voto, conocida como “cohecho”. La nueva ley prohíbe la costumbre que permitía a cada partido imprimir sus propias cédulas, entregar una a cada votante y, comprobada su utilización, pagar el voto.

La resultante ampliación democrática del proceso electoral dará a las elecciones del 4 de septiembre de 1958 una legitimidad popular hasta entonces desconocida y abrirá espacios para una izquierda de masas que pugna por abrirse camino al poder del Estado. Se enfrentan en ellas Salvador Allende, por el FRAP, Eduardo Frei, PDC y dos grupos “ibañistas” (nacionales y agrariolaboristas), Luis Bossay, PR, Jorge Alessandri, conservadores y liberales y Antonio Zamorano Herrera, el “cura de Cataplico”, candidatura “independiente” de última hora que obtendrá aproximadamente la votación, rural y popular, necesaria para evitar que Allende triunfe sobre Alessandri. Zamorano Herrera había sido elegido anteriormente diputado por Valparaíso, con el apoyo de la izquierda.

En la campaña electoral de 1958 la lucha política moviliza activamente a la población y la obliga a definiciones. La derecha aprovecha la imagen “apolítica” y “seria” del candidato Alessandri a través de una propaganda moderna y rica en recursos que le reporta resultados considerables. El “marketing político”, que la derecha introduce por primera vez en la historia política chilena, le rinde apoyos incluso en sectores populares tradicionalmente alejados de ella. Jóvenes universitarios y profesionales se sienten atraídos por la imagen de seriedad técnica de “El Paleta”, apodo popular de Alessandri que difunden su campaña y la influyente revista satírica “Topaze”.

La campaña del FRAP en 1958 es de una gran amplitud política y social. Muestra vínculos fuertes con los hábitos y cultura política de las clases populares. Desde luego, la peculiar representación directa de una variada gama de organizaciones y entes populares en la Convención Presidencial del Pueblo había dado cuenta de esa novedosa amplitud. Aniceto Rodríguez subraya el nuevo estilo:

“desde su nacimiento, la candidatura de Allende tuvo un sello de amplitud social y política, rebasando márgenes sectarios al interpretar anhelos de extensas capas de la población [...] Jamás pudo haberse decretado la candidatura Allende. Tampoco era posible que las fuerzas sociales se pusieran en marcha y en tensión constructiva porque se le ocurriese a un candidato junto a una veintena de dirigentes”

Con miras a lograr una recepción positiva de esta preocupación antisectaria, Allende se entrevista con la jerarquía de la Iglesia Católica. Pretende atemperar el apoyo de ésta a la DC y mostrar apertura hacia el cristianismo popular, su “*respeto a todas las ideas y creencias*”. La Iglesia por

su parte y en particular el Cardenal José M. Caro se muestra renuente a cualquier actitud contemplativa con la izquierda. Llega a objetar el apoyo de la DC al “Bloque de Saneamiento Democrático” porque, dice, facilita la legalización “*del comunismo*”. Son los días finales del pontificado de Pío XII, quién ha reiterado la condenación de éste por “*intrínsecamente perverso*”.

La amplitud cultural y popular de la campaña allendista se manifiesta de manera memorable con el llamado “Tren de la Victoria”. En agosto de 1958, el candidato y un grupo de dirigentes abordan un tren, especialmente organizado, que les lleva, por diez días, desde Santiago a Puerto Montt. La iniciativa se plasma en una convocatoria inédita a manifestar en las estaciones ferroviarias de los numerosos pueblos recorridos. Cuenta un integrante de la comitiva que en el acto del pequeño poblado de nombre Pelequén, el jefe local de la campaña, un campesino “iletrado”, termina su intervención con la siguiente frase:

“No descansaremos hasta que el compañero Allende esté en el tálamo de los Presidentes de la República”

Allende le responde con respeto y comenta sus palabras tomando por único sentido la intención política que manifiestan. Logra así, constata el testigo, un acuerdo inequívoco con la multitud. Como en la tradición de Recabarren y los fundadores, para alguien como Allende la cultura tiene un valor político que no se reduce al saber ilustrado por el marxismo o la ciencia social sino que surge de la riqueza de la vida popular. Otra anécdota ilustra esta idea de valor de lo popular que caracteriza a la campaña allendista de 1958. En la estación de Curicó, al termino de la intervención de Allende se le acerca una campesina y le besa los pies. El candidato le habla sobre la inadecuación del gesto a una situación que, por política, no tiene sentido místico posible. Luego aclarará cómo el hecho es signo de la compleja relación que aún existe entre la esperanza religiosa del pueblo y la política revolucionaria:

“Compañeros, yo no soy un Mesías, ni quiero serlo. Yo quiero aparecer ante mi pueblo, ante mi gente, como una posibilidad política. Quiero aparecer como un puente hacia el socialismo. Tenemos la responsabilidad de que eso no vuelva a ocurrir [...] No podemos llegar al gobierno, no podemos llegar a La Moneda con un pueblo que espera milagros. Tenemos que llegar a la Moneda con un pueblo que tenga conciencia [...] Van a venir años duros, pues la construcción del socialismo no es una cosa fácil. Cambiar este país no es un asunto de horas. Y una mujer que besa los pantalones o intenta besarle los pies a uno, espera milagros que yo no puedo hacer, porque el milagro tendrá que hacerlo el pueblo”

El atractivo del FRAP es ya evidente sobre sectores del radicalismo, aún minoritarios. Expresión de este fenómeno es el surgimiento de una disidencia que apoya a Allende y que se organiza en la Intransigencia Radical Antiimperialista (IRA), encabezada por el ex presidente de la FECH Víctor Barberis, años más tarde diputado socialista. La IRA abre el capítulo de sucesivas pérdidas de cuadros especialmente juveniles que sufre el radicalismo, a partir de la creación del FRAP, en beneficio de los partidos de izquierda.

Alessandri obtiene 390 mil votos y Allende 356 mil, Frei es tercero con 256 mil, Bossay cuarto con 192 mil y el “cura de Catapilco” último con 41 mil. Para la opinión pública resulta claro que el financiamiento de la campaña de Zamorano lo coloca el alessandrisimo, con el objeto de restar

votos populares a Allende. Allende gana en la votación de varones, pero pierde por considerable diferencia en la de mujeres.

Por primera vez la alianza socialista-comunista logra una votación que bordea el triunfo en una elección presidencial. Contra la opinión de algunos de sus camaradas, que entienden representar la “furia” de las bases ante lo que parece un ilegítimo triunfo de la derecha, Allende reconoce el mismo 4 de septiembre en la noche el triunfo de Alessandri. En suma, el FRAP duplica su fuerza electoral y es, desde entonces, una alternativa política creíble para las mayorías populares. A partir de septiembre de 1958, Chile será uno de los pocos países en el mundo en que una izquierda marxista tiene claras posibilidades de alcanzar el poder del Estado a través de elecciones democráticas.

La CUT se ha declarado prescindente ante la campaña electoral. Pero dado que ninguno de los candidatos obtiene la mayoría absoluta, el ganador debe ser elegido en el Congreso Pleno y, ante esta contingencia, Clotario Blest y los dirigentes socialistas proponen que la central apoye públicamente a Allende y movilice los sindicatos hacia el congreso el día de la decisión. Se oponen radicales, demócrata cristianos y comunistas, temerosos de una eventual ruptura del orden constitucional. Finalmente el PC cambia de actitud y se aprueba el apoyo a Allende, pero la central no lleva adelante acciones de envergadura que lo implementen.

El 4 de noviembre de 1958 asume Alessandri y propone al congreso un proyecto de ley de “consolidación económica”, nueva versión de la política antiinflacionaria que se aplica en el país desde hace años. La CUT proclama su rechazo y presiona por modificar las aspectos regresivos en materia salarial que trae la nueva política. La dirección de la central se entrevista dos veces con Alessandri y le presenta un memorándum en que, basándose en estudios de CEPAL, refuta la teoría que iguala salario e inflación y hace una serie de exigencias en materia salarial: reajuste según inflación, salario vital y asignaciones familiares obreras alineadas con las de empleados, reajuste de jubilaciones. Rechazadas las demandas por el gobierno, la CUT acuerda un “plan de lucha” que no llega a realizarse. Atraviesa por una época de debilidad orgánica y política que no permite enfrentar con éxito a un gobierno recién instalado y legitimado democráticamente.

A fines de 1958, el camino unitario de la izquierda chilena va en contra de tendencias poderosas en el mundo. La guerra fría y la resultante polarización de la lucha ideológica a nivel mundial favorece las posiciones contrarias al comunismo y el desarrollo en los sectores populares de una fuerza capaz de enfrentar a la izquierda con éxito. Este rol de alternativa popular a la izquierda lo cumplirá la DC, que emerge con una alta votación y un liderazgo nítido de las elecciones de 1958. El último gobierno derechista del siglo, electo democráticamente, que se inicia ese año, significará el agotamiento histórico de los intentos democráticos de la derecha por reconstruir el orden conservador. Su imposibilidad de reproducirse será factor decisivo del avance de la DC al poder del Estado, aunque al interior de esta se está incubando lenta y progresivamente su tendencia de izquierda, surgida del grupo de los “marineros” de comienzos de la década. Jorge Cash ubica en mayo de 1959 un hito importante en este desarrollo, cuando en conjunto con Julio Silva y Alberto Jerez presentan a la dirección de la DC una “*proposición política*” que rechaza el “*centrismo*” de esta y se pronuncia por una alternativa “*junto al bando proletario*”. Como había

planteado B. Leighton diez años antes. El documento sostiene la necesidad de relacionar las teorías anticapitalistas elaboradas por la Falange con una práctica proletaria consistente:

“Sostuvimos que el ascenso de los trabajadores iba necesariamente a establecer una nueva estructura de la sociedad donde tendría que reconocerse el poder adquirido por las masas. El régimen capitalista era incapaz de encauzar el proceso histórico. Las fueras proletarias, cuyo concepto comprendía para nosotros tanto a los trabajadores manuales como a los intelectuales, deberían llegar a la dirección de la economía y luego a la propiedad misma de las empresas. Todo ese estado de cosas que se veía venir y por el cual luchábamos, fue definido como una “democracia proletaria [...] Con todo, dos almas o dos mentalidades han seguido trabajando dentro del partido y presionándolo en un sentido u otro. Una trabaja por no cortar los vínculos con el mundo popular, con la masa proletaria y sindical y no teme los contactos y los compromisos propios de una política de izquierda. La otra quiere preservar, ante todo, lo que se ha dado en llamar la “independencia” del partido [...] En resumen queremos para el partido una definición categórica junto al pueblo, queremos que su inspiración fundamental de ir a las masas y trabajar por su progreso, despertando al mismo tiempo en ellas los viejos valores del mensaje cristiano de que, peses a todo, aún están penetradas, salga reafirmada y esclarecida todavía más para la nueva etapa que iniciamos”

EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA Y LA MOVILIZACIÓN SOCIAL CONTRA ALESSANDRI

La voz de Fidel que anuncia con tono épico en 1966 que desde entonces la historia tendrá que contar con los pueblos de América, es el registro emotivo de un hecho cierto: la revolución cubana ha cambiado la faz política y social del continente para siempre. El 1 de enero de 1959 es de enorme trascendencia para la izquierda chilena y continental.

La toma de La Habana por el “Movimiento 26 de Julio” encabezado por un líder liberal progresista, como pareciera ser entonces Fidel Castro, un católico revolucionario como Camilo Cienfuegos y un marxista clásico como Ernesto Che Guevara, lleva al poder una revolución que, dos años más tarde, se declarará socialista. Ni Fidel ni sus compañeros han militado previamente en el Partido Socialista Popular, el partido de los comunistas cubanos, en circunstancias que éste es junto al PC chileno el único en América Latina que muestra, ya en 1959, un desarrollo popular y de masas significativo. El PSP de Cuba no se suma a la revolución sino cuando ya ha sido derrotada la dictadura batistiana.

Desde el comienzo, a la revolución cubana se le hace difícil el entendimiento con los partidos comunistas. Sin embargo, ejerce un atractivo inédito en la izquierda y radicaliza amplios sectores “reformistas”, ubicándolos a la izquierda de los PC. La revolución traslada la experiencia de triunfo de la lucha armada campesina y la reforma agraria a millones de campesinos en el continente, que a partir de los años sesenta ampliarán y agudizarán sus luchas por la tierra. Una imagen del Che y su guerrilla supuestamente invencible generará más rebeldía por toda América Latina. Este impacto en la izquierda radicalizada es relevado sugerentemente por Ramón, un dirigente obrero socialista de Concepción cuyo testimonio recoge José del Pozo. Gracias a medidas como la reforma agraria, dice, el ejemplo cubano demostraba *“que había pueblos que se estaban dando un régimen que favorecía a las grandes mayorías, sobre todo a los más necesitados”*.

La izquierda tradicional percibe que la revolución cubana desafía tres presupuestos de la estrategia que ha venido aplicando. El primero es el concepto leninista de la revolución. Para la nueva doctrina no es necesario esperar hasta que las condiciones sean favorables, *el “foco guerrillero”* puede crearlas. La segunda revisión es al postulado por el cual sólo hay revolución socialista si el proletariado urbano ejerce el rol dirigente. Dado el subdesarrollo de América Latina, dirá el Che, la lucha armada y la revolución pueden desarrollarse básicamente en el campo y por los campesinos. Por último, la estrategia de guerrillas niega la tesis de que es necesario un PC para conducir una lucha coherente por el socialismo y afirma la incapacidad histórica de este tipo de partidos para resolver el problema del poder. Planteará entonces recrear el partido revolucionario a partir de la organización del *“foco guerrillero”* y no a la inversa, como se entendería desde una óptica “clásica”.

La lucha ideológica y política desencadenada por estas ideas cambia el paisaje intelectual de la izquierda. Para partidos comunistas o socialistas que se sienten en el vértice de la historia contemporánea cuyo eje es el “paso del capitalismo al socialismo”, resulta inaceptable una negación tan enérgica de principios que son su fundamento. A su vez para los cubanos será difícilmente tolerable que aquellos contradigan los nuevos postulados, respaldados por el triunfo de la revolución.

Chile no es una excepción a esta dificultad de las izquierdas para comprender cabalmente lo ocurrido en Cuba. Sólo un grupo de estudiantes cubanos exiliados en el país, que se declaran demócrata cristianos, desarrolla actividades de solidaridad con la guerrilla desde su inicio. En 1958, a pocos meses del triunfo, el PC de Chile asevera que *“la lucha del pueblo cubano contra la sangrienta tiranía de Batista está adquiriendo gran amplitud y profundidad”*. Más tarde saluda en la revolución un triunfo sobre *“el imperialismo”*. Pero cuando el PC cubano reclama el liderazgo del movimiento revolucionario, el PC chileno adopta una política que le llevará, en más de una oportunidad, desde acuerdos verbales a sonoras discrepancias públicas. Por una parte, no puede sino reconocer y valorar la popularidad del movimiento guerrillero en la izquierda y mostrar su solidaridad. Por otra, no puede aceptar el liderazgo cubano sin negar su estrategia pacífica de avance al socialismo. La relación con Cuba será entonces tormentosa y complicará en más de una ocasión la política con los socialistas.

Algunos socialistas se han identificado verbalmente con la guerrilla fidelista cuando aún está en Sierra Maestra. Pero ellos también participan de una estrategia electoral para acceder al poder del Estado. No obstante las distancias entre las ideas cubanas y las propias, Allende va a La Habana inmediatamente después del triunfo de la revolución, se entrevista con el Che y regresa al país como partidario definido del apoyo y la solidaridad con ella. A partir de su visita se construye una amistad personal sin fisuras entre el líder socialista chileno y los dirigentes cubanos. Osvaldo Puccio recuerda, sin embargo, que el Che recibe a Allende con una velada crítica:

“Es una gran satisfacción, agrado y honor conocerlo, porque yo siempre lo he mirado a Ud. como uno de los líderes más importantes de Latinoamérica. Con esa impresión, cuando pasé por Chile, traté de hablar con Ud.. A pesar de que estuve muchas horas esperándolo, no tuve la oportunidad y el honor de conocerlo personalmente”

Allende percibe que el golpe al “imperialismo” que significa la revolución cubana cierra las puertas en Chile a cualquier intento insurreccional e implica redoblar el esfuerzo de la izquierda por la vía electoral. El PS se tomará todavía un tiempo para definir su posición, atravesado siempre por la contradicción entre la vía pacífica y análisis teóricos que apuntan en una dirección distinta. Sin embargo, el proceso revolucionario cubano es quizás el acontecimiento externo de mayor impacto en la existencia del socialismo chileno. Su naturaleza de lucha social original, tanto en su gestación como en su estrategia, su empuje revolucionario y su espíritu latinoamericanista le dan un singular grado de influencia en la vida partidaria y conmueven a toda una generación de militantes, más allá de diferencias internas. La experiencia cubana alentará nuevos derroteros en la discusión de las formas de lucha, que se agudiza en el partido en los años sesenta. Más tarde, cuando el PS se aproxima a la ortodoxia marxista leninista, lo hará influido por los revolucionarios cubanos. En virtud de esta relación especial los socialistas, y la izquierda chilena en general, elaboran con mucha dificultad una posición crítica frente a las violaciones de derechos humanos y ausencia de libertades democráticas en Cuba. Sólo veinte o treinta años después tal crítica adquirirá forma, en el marco de una posición solidaria y de condena al bloqueo norteamericano.

La revolución cubana parece abrir una etapa radicalmente distinta de la historia del continente. Por algún tiempo no parece descabellado pensar en la derrota de un ejército regular a manos de grupos insurgentes y cobra fuerza la esperanza de que los males del capitalismo terminen por efecto del asalto a sus estructuras de poder. Desde la perspectiva de los EEUU, el ascenso de la revolución reclamará el remozamiento de sus políticas, so pena de un revés mayúsculo en tiempos de guerra fría.

Pocos meses después de la revolución cubana, el PS celebra en Valparaíso, en octubre de 1959, su XVIII Congreso General Ordinario. El evento confirma la línea de Frente de Trabajadores y la participación en el FRAP, y rechaza las alianzas con partidos ajenos a éste. Reelige secretario general al senador Salomón Corbalán y mantiene prácticamente inalterada la dirección partidaria. Por esos mismos días, sale a luz pública la revista *Arauco*, órgano oficial del partido, con el objetivo declarado de dar espacio a dirigentes e intelectuales del ámbito PS para tratar los problemas de Chile y del mundo desde una óptica crítica, revolucionaria y democrática. Hay un déficit en la formación de una moderna “conciencia socialista” que “*Arauco*” intenta llenar, como viene intentándolo desde antes “*Principios*”, en la órbita del PC.

Contemporáneamente al congreso del PS, una experiencia de actividades conjuntas de militantes socialistas y comunistas lleva algunos de ellos a plantearse la “*militancia FRAP*” y la transformación de éste en partido. La iniciativa provoca el rechazo de Salomón Corbalán, desconfiado del probable control comunista. Allende, quién evalúa favorablemente este resurgimiento de la tesis de unificación socialista-comunista en un solo partido, critica el defensismo y la autolimitación sectaria que parece evidenciar el jefe del PS:

“Si el Secretario General del Partido Socialista piensa que la militancia FRAP, a la postre, favorece a los comunistas por su mejor organización, entonces lo que tiene que hacer él es renunciar a su cargo directivo en el Partido Socialista. Un hombre que reconoce que su propio partido está mal organizado tiene que tener los cojones suficientes como para darse cuenta de que no sirve para el cargo. Y no es el caso de

Salomón, Salomón es uno de los mejores que hay dentro del partido. Todo esto es más bien una demostración de los complejos que tienen los socialistas frente al Partido Comunista”

El PC envía al XVIII Congreso del PS una carta con la propuesta de fusionar las dos organizaciones dando lugar al partido único de izquierda. El PS la rechaza con el argumento de que hay discrepancias ideológicas y de alineamiento internacional que impiden la fusión. De allí en adelante la unidad socialista comunista superará por décadas las más variadas crisis.

En diciembre de 1959 tiene lugar el Segundo Congreso de la CUT, al que asisten 1440 delegados en representación de 518 organizaciones sindicales y gremios. La convocatoria llama a reforzar la unidad de los trabajadores y la solidaridad con las luchas populares a la vez que describe al gobierno de Alessandri como una oligarquía:

“Una oligarquía económica de latifundistas, banqueros y grandes empresarios, dueña actualmente del poder político del país, se esfuerza por aplastar el movimiento sindical y gremial que, unitariamente, dentro de la CUT se enfrenta con todos su cuadros a esta realidad nacional”

El congreso aprueba un documento programático que denomina “*los trabajadores y los problemas nacionales*”, que fija criterios sobre régimen de sueldos y salarios, seguridad social, vivienda, educación, legislación laboral, reforma agraria, defensa de las riquezas nacionales y desarrollo económico del país. Como táctica sindical propone la presentación de pliegos únicos por rama de actividad. Se aprueba un voto de apoyo incondicional a la revolución cubana. El congreso ratifica la línea “clasista” de la CUT, reelige por unanimidad presidente a Clotario Blest, designa secretario general al joven dirigente comunista Luis Figueroa y una dirección compuesta por 12 comunistas, 8 socialistas y 1 independiente. Demócratas cristianos y radicales se abstienen de participar en la elección del consejo directivo alegando falta de democracia en las discusiones del congreso. Aparecen los síntomas de un conflicto mayor entre la mayoría de los dirigentes y Blest que, a los ojos de ellos es excesivamente “personalista” y poco “orgánico”, y que impone en la central una línea limitada a lo “agitativo”. Sin embargo, destaca Hernán Del Canto, el estilo combativo y de clase que imprime a la CUT le acerca más a los socialistas que a los comunistas. La crisis de dirección está planteada explícitamente y no tomará más de un año en estallar.

1959 es el año del pleno despliegue del gobierno de Alessandri. Con apoyos liberales, conservadores y radicales, la “revolución de los gerentes” impone una economía antiestatista y pro empresa privada, cuya condición es un Estado que se limite al rol de crear la infraestructura necesaria para el desarrollo del sector privado. Lleva a cabo así un plan de estabilización y control de la inflación y el salario combinado con una fuerte inversión en obras públicas que, sobre todo en vivienda con el llamado Plan Habitacional (DFL 2), favorece una recuperación económica que durará hasta fines de 1960.

A comienzos de 1960, la estabilidad es sacudida por una gran huelga del carbón en Lota, que dura 96 días tras exigencias salariales y de mejora de las condiciones de trabajo. La demanda hace hincapié, particularmente, en la extensión –no computada- de la jornada de trabajo que es producto de la distancia entre la boca de la mina y el lugar de la labor. El gobierno y la patronal

apuestan al agotamiento del conflicto, posible, piensan, porque la existencia de stocks permite la actividad de la empresa sin trabajo por varios meses. El FRAP lleva a cabo una amplia solidaridad política y organizativa, acompaña y sostiene las acciones, particularmente una marcha masiva hacia la ciudad de Concepción. Una iniciativa de solidaridad causará impacto: el traslado -por los tres meses del paro- de unos 2000 hijos de mineros a las ciudades de Santiago, Concepción, Temuco y Osorno, donde son recibidos y mantenidos por militantes del FRAP en sus casas.

La izquierda marxista evidencia una vez más los vínculos que unen su desarrollo a la suerte de las luchas sociales. Aparte la del carbón, hay huelgas importantes de los metalúrgicos y el magisterio. La huelga del carbón termina con un relativo éxito: un arreglo salarial, bonificaciones por trabajo insalubre y beneficios menores. Cuando está por finalizar, un terremoto estremece el sur de Chile desde Concepción a Valdivia. Se produce una gran conmoción social, en medio de la cual Allende y parlamentarios de izquierda impulsan una ley de ayuda a los damnificados y a las empresas de la zona.

En mayo de 1960, por considerar que la revolución cubana es objeto de una fuerte agresión externa, la CUT lanza un paro nacional de solidaridad que no tiene trascendencia. La falta de preparación y la lejanía entre la vida cotidiana de los trabajadores y la revolución cubana en ese momento, conspiran contra la adhesión de los sindicatos de base de la CUT y el paro es un fracaso.

No ocurre lo mismo con otro paro nacional de la CUT convocado ese mismo año. Con anterioridad, la central ha elaborado un programa reivindicativo, con eje en el reajuste de salarios conforme al alza del costo de la vida, que será lanzado en una manifestación pública. El acto es reprimido por carabineros y culmina con la muerte de dos militantes sindicales. En respuesta, la CUT convoca a un paro que tiene alto nivel de seguimiento. El apoyo de los grandes sindicatos y gremios del transporte, estatales e industriales, paraliza en gran parte la actividad productiva y de servicios. La CUT emerge robustecida, el gobierno de Alessandri reconoce la derrota y la llama a negociar sobre la base de un memorándum que aquella le ha entregado. Se busca el acuerdo sobre diversos temas, salario, incluido el “mínimo” campesino, solución de los conflictos pendientes con el magisterio, transportes, empleados semifiscales y municipales. La CUT reclama además una indemnización para los deudos de las víctimas del 3 de noviembre y el retiro de las querellas judiciales contra los huelguistas. Alessandri envía una extensa nota de respuesta, en la que rechaza las demandas salariales con el reiterado argumento de su impacto inflacionario y reivindica una política de tolerancia sindical:

“Llevo dos años de gobierno. Nadie podría decir que durante ellos haya atentado contra las actividades sindicales, realizado persecuciones en contra de sus dirigentes o procurado introducir cuñas y provocar dificultades dentro de ellas, como tampoco acudir, ni entonces ni antes, al socorrido argumento de atacar doctrinas determinadas”

La legitimidad conquistada por la CUT y los sindicatos hacia fines de 1960 no puede ya ser ignorada ni siquiera por un gobierno tan alejado de sus demandas como el de Alessandri. En mayo de 1961, la CUT convoca a un Congreso Nacional Campesino, en el que toman parte

centenares de delegados directos de organizaciones de base. El congreso extiende la crítica de los partidos de izquierda a la concentración de la propiedad de la tierra y el atraso que significa su organización en latifundios. Lanza entonces la propuesta de una reforma agraria que junto con enfrentar ambos problemas descansa en un amplio movimiento de masas, que asegura la continuidad del proceso. En el marco del congreso se funda la Federación Campesina e Indígena Ranquil, bajo la inspiración de socialistas y comunistas. Es la primera organización campesina de alcance nacional que dirigen los partidos de izquierda y se transforma, con los años, en la más grande de las varias que agruparán a los campesinos. La importancia creciente de las luchas de los trabajadores rurales llevará al PS a destinar a su secretario general, Salomón Corbalán, al trabajo partidario en el sector, desarrollando sobre todo lazos que, en los años siguientes, le darán fuerte presencia en las organizaciones campesinas de la zona central.

Las elecciones parlamentarias de marzo de 1961 registran un aumento importante de la representación del FRAP, cuyos dos partidos principales crecen, y de la democracia cristiana. Allende y Tomic son elegidos senadores por Valparaíso y Aconcagua. El PC elige senador por la misma circunscripción al médico Jaime Barros, quien algunos años más tarde asumirá las posiciones del llamado “maoísmo” y deberá abandonar el PC.

Durante estos meses del año 61 hay una intensa movilización sindical y huelgas en varios sectores (cobre, ferroviarios, salud, CAP, magisterio, panificadores, carbón, salitre) tras la exigencia de aumentos salariales que compensen el incremento de la inflación. En ese clima agitado, la CUT elabora un “pliego único” que unifica las diversas demandas y constituye un Comando de Defensa de los Reajustes, al que invita a participar a la CEPCH, la ASICH, la Federación de Empleados Bancarios y a los partidos políticos que concuerden con el pliego. Lanza entonces la convocatoria a un paro nacional para fines de agosto.

La nueva convocatoria a paro hace resurgir las discrepancias que vienen manifestándose desde hace dos años entre Clotario Blest y los dirigentes socialistas y comunistas de la central. Pocas horas antes de hacerlo efectivo, estos cuestionan su viabilidad y el Plenario de Federaciones (máxima autoridad entre congresos) decide levantarlo, a propuesta de los comunistas. El argumento es que no están las condiciones orgánicas para una iniciativa de tal envergadura. Blest renuncia a su cargo alegando que se han impuesto los intereses partidistas sobre los gremiales y que la decisión implica deslealtad hacia los trabajadores en huelga. Es, dice, *“la culminación de graves divergencias con algunos compañeros del Consejo Directivo Nacional”*, que están en contra de que la central aplique una línea de acción “revolucionaria” y le imprimen una dirección legalista y “economicista” que dilatará *“indefinidamente esta larga agonía de la clase trabajadora chilena”*:

“es necesaria una acción directa masiva, determinada a provocar un cambio sustancial en profundidad y en extensión de la estructura social, económica y política del país”

Fuertemente influenciado por la revolución cubana, el presidente de la CUT se había declarado un tiempo antes a favor de *“la lucha armada”*: *“en este país, Santiago será nuestra Sierra Maestra, que aplastará las fuerzas reaccionarias”*. La respuesta del PC adelanta la decisión de removerlo de la presidencia de la central:

“Todos los trabajadores con alguna experiencia y cualquiera con algún conocimiento de los principios básicos del marxismo leninismo debe sacar la conclusión de que esta gente no es seria en absoluto”

La renuncia de Clotario Blest a la presidencia de la central sindical pone fin a una experiencia, hasta entonces particularmente fructífera. Cierra además, por un tiempo, el capítulo de las arduas polémicas sobre la autonomía sindical y los partidos. El tema, sin embargo, resurgirá, como lo demuestra una reflexión de Luis Figueroa, actor principal del período, formulada cuando en Chile ya hay dictadura:

“En la historia de nuestro país se han cometido muchos errores. El error de incorporar a la CTCH al Frente Popular y haber liquidado a la CTCH cuando se liquidó el Frente Popular y se rompió por falta de unidad política. Cometimos otro error durante el gobierno de la Unidad Popular llevando a la CUT al gobierno y amarrándola, por así decirlo, a toda la alternativa del gobierno de la Unidad Popular y enfrentándonos al peligro de la división de la clase [...] Estos errores históricos se pagan muy caro [...] ¿No tenemos nosotros, dirigentes del movimiento obrero chileno, la responsabilidad de los sucesos? Claro, no podemos eludirla. ¡No supimos mantener nuestra independencia!! Una cosa es la lealtad política al partido en el cual uno milita, la lealtad de ideología, y otra cosa es un instrumento de unidad de clase a nivel sindical”

A fines de julio de 1961, una toma de terrenos en la chacra santa Adriana de la zona sur de Santiago conmociona el ambiente político, obligando a los partidos a tomar posición frente al agudo problema habitacional que sufre el país. El gobierno solicita el desafuero de los parlamentarios comunistas que han participado, sitia a los pobladores y denuncia que se ha producido “una ocupación ilegal de terrenos fiscales”. Mario Garcés sostiene que esa toma tiene trascendencia por varias razones: una conciencia del déficit de viviendas populares que aqueja a la población, la implicación del PC en la organización de los sin casa, que politiza el debate, y el hecho de que los sitios ya están asignados, impidiendo que los participantes en la toma puedan permanecer allí. El PS, a través del diputado Clodomiro Almeyda que ha intervenido en el conflicto, sacará lecciones políticas y teóricas de magnitud. Las mil familias y cerca de diez mil personas que estaban en la toma, dice Almeyda, ponen de manifiesto “*la miseria, el hambre y la falta de los más elementales medios compatibles con la dignidad humana*” en que se encuentra la mayoría de los chilenos. El pueblo, agrega, le “*está perdiendo el respeto a la legalidad oficialista*”, descubre “*que esta sociedad no es la suya*”:

“sólo desde el punto de vista de los intereses de los usufructuarios del orden dominante , podría estimarse repudiable esa ruptura del orden legal, acerca del cual tanto abundamiento hacen los círculos gubernativos y la prensa de derecha. Porque en realidad, si pensamos nosotros en lo que la legalidad y el orden son para los pobladores de “Santa Adriana”, veremos que a ellos no les ha servido ni siquiera para contar con techo y trabajo, esto es, con los más elementales medios de subsistencia”

En agosto de 1961, en una publicitada reunión de ministros de Relaciones Exteriores americanos, realizada en Punta del Este, Uruguay, la administración Kennedy lanza la “Alianza para el Progreso”, con el fin de implementar una serie de reformas en los países latinoamericanos, que cierren el camino al auge de la revolución cubana. La Alianza contempla la asignación de cuantiosos fondos con el compromiso de utilizarlos en la realización de reformas estructurales,

por ejemplo, la reforma agraria y una tributaria que permita una distribución equitativa del ingreso. La Alianza en general no tendrá el impacto esperado: los sectores dominantes en los respectivos países no mostrarán mayor interés en ella y los EEUU no destinarán los fondos en la cantidad proclamada al comienzo.

En Chile, y dado que la derecha ha quedado sin mayoría propia en el parlamento luego de las elecciones de marzo, los radicales ingresan en agosto de 1961 al gobierno de Alessandri y exigen una serie de reformas, en la línea de la Alianza para el Progreso, particularmente la reforma agraria. Conocida por la izquierda como “reforma de macetero”, se asignarán tierras inexplotadas en grandes latifundios sólo a una ínfima minoría de campesinos. El hecho, sin embargo, contribuirá a difundir la idea de la reforma por todo el campo chileno.

En los días en que transcurren estos cambios políticos y sociales se formaliza e instala un nuevo liderazgo en la Iglesia Católica. El cardenal Raúl Silva Henríquez, que reemplaza a Mons. Caro como jefe espiritual de la Iglesia en junio de 1961, y Mons. Larraín en Talca, abogan decididamente por la reformas estructurales, reforzando el polo reformista católico que sostendrá el vigoroso crecimiento posterior de la DC. Recuerda el cardenal Silva Henríquez la adhesión de sectores católicos al progresismo moderado que así surge:

“la Alianza para el Progreso proponía un camino que encontraba sus bases en el diálogo, la búsqueda de la moderación política, el impulso de las clases medias: en una palabra el “centrismo”. La huella de este entusiasmo, en Chile, quedó claramente estampada en los trabajos de la sociología católica y en DESAL, un organismo en cuyo seno trabajaba el sacerdote jesuita Roger Veckemans, tal vez el religioso que más y mejor contribuyó a desarrollar el pensamiento de la Iglesia chilena en torno al desarrollo. La posterior decepción generada por la Alianza para el Progreso no debe oscurecer el hecho de que para aquellos días fue una iniciativa luminosa, cargada de esperanzas”

En 1962 Monseñor Larraín procederá a disponer que varios fundos de propiedad del obispado de Talca se entreguen en propiedad a sus inquilinos. Frente al ocultamiento de la importante noticia por los medios de comunicación Arturo Olavarría relata su reacción:

“Tuve, entonces, necesariamente que pensar: ¿qué grandes intereses habrá lesionado el señor Obispo de Talca con su laudable iniciativa, cuando la prensa sería ---muy seria cuando se trata de defender inconfesables intereses--- parece ignorar lo que ha ocurrido?”

El debate intelectual de la época sobre el desarrollo tiene una vertiente izquierdista de importancia académica y técnica por ese tiempo ya considerable. En ella destacan economistas asociados a la CEPAL que prestan apoyo técnico a Salvador Allende. Por otra parte, el año 1961 Ricardo Lagos Escobar, abogado y economista formado por el profesor de economía y dirigente radical Alberto Baltra, publica su tesis sobre “*La concentración del poder económico*”. Es la primera aparición pública significativa de quién, en ese entonces militante radical que ingresará posteriormente al PS y será fundador del Partido Por la Democracia en la década de los noventa, ocupará cuatro décadas más tarde el cargo de Presidente de la República. La investigación de Lagos, de amplia difusión, demuestra el alto grado de monopolización de la industria y la economía chilena: sólo el 4.2% de las sociedades anónimas controla el 59.2% del capital . También exhibe el control del capital financiero. Ese control monopólico, sostiene, se traduce en

la imposición de altos precios y en su aumento constante, en una profunda desigualdad en la distribución de la renta, en el control de los medios de comunicación y en una influencia determinante sobre el sistema político. Gran número de parlamentarios, ministros y jefes de servicios, son miembros de directorios de sociedades anónimas y algunas directivas de partidos se confunden con las de grandes empresas. Por mucho tiempo, las tesis de Lagos marcarán la definición que los partidos de izquierda formulan de la estructura económica del país.

En septiembre de ese año, el gobierno de Alessandri intenta paliar el descontento social con la proposición de un aumento de salarios de 16.6%. Sin embargo, el acuerdo entre la DC, la izquierda y parte del PR logra elevar ese porcentaje a un 23.5% y lo hace retroactivo al 1 de enero.

En medio de una nueva ola de agitación social, cuyo punto máximo es una huelga del magisterio que dura 55 días, se agudizan las discrepancias de una parte del PR con el gobierno alessandrista. La tensión culmina con la renuncia a la militancia radical de un grupo de dirigentes juveniles que habían participado en los acontecimientos del 2 de abril de 1957, encabezados por Julio Stuardo y Raúl Iriarte, apoyados por los principales dirigentes del Grupo Universitario Radical de las Universidades de Chile y Concepción, entre ellos Jorge Arrate, Juan Facuse, Jorge Guralnik, Benny Pollack, Eduardo Contreras Mella y Edmundo Villarroel. Los renunciados constituyen el Movimiento Social Progresista que ingresa al FRAP universitario y, un año más tarde, muchos de ellos se integran mayoritariamente al PS, en forma individual. Otros lo harán al Partido Comunista o al grupos de izquierda que preceden al MIR. En una carta dirigida al presidente del PR Raúl Rettig le manifiestan con marcado tono ético su condena al abandono de los “principios” del partido:

“No señor presidente. Si algunos han vendido el partido, nosotros no tenemos en venta nuestros ideales, ni nuestra dignidad de hombres. Si algunos están en el gobierno por sensibilidad de sus bolsillos, nosotros nos vamos por sensibilidad moral”

El mismo mes, Carlos Altamirano, entonces diputado del PS, provoca un revuelo público de proporciones al formular una enérgica condena a “la inmoralidad” de quienes integran instituciones fundamentales del Estado como la Corte Suprema o el propio poder ejecutivo. El cáustico discurso de Altamirano denota la beligerancia de la izquierda al promediar el gobierno de Alessandri y, a la vez, la vinculación que existe para ella entre la denuncia de la doble moral de los grupos dominantes y la necesidad de cambios profundos:

“Que los personeros más altamente colocados del mundo social, político y económico de Chile sean directores de una organización bancaria que se vio comprometida, hace muy pocos días, en hechos altamente incorrectos y posiblemente delictuosos, no significa nada más que un pequeño error, y que nosotros los denunciemos demuestra “nuestra” inmoralidad y no la inmoralidad de ellos [...] ¿irá la Superintendencia de Bancos a calificar de responsables a dos senadores de la República, a un hermano del Presidente de la República [...] que son directores del Banco de Crédito e Inversiones, el cual ha estado cometiendo toda clase de incorrecciones administrativas para aumentar sus inmensas utilidades? [...] He denunciado el hecho de que a la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones de Valdivia se le rebajaron los fletes en el ferrocarril del Estado para el transporte de papel [...] Pues bien a esta empresa que está absolutamente desfinanciada, le toca la casualidad extraña y milagrosa que tenga que rebajar precisamente el flete al transporte del papel, industria a la cual, indudablemente, en una mayor o menor

proporción, que desconozco y no me importa, están ligados personeros vinculados a este gobierno y el mismo Presidente de la República”

EL DEBATE TEÓRICO: LA POLÉMICA DE 1962 ENTRE SOCIALISTAS Y COMUNISTAS.

En diciembre de 1961 el PS celebra en Los Andes su XIX Congreso. El evento constata un retroceso en las condiciones de vida de los sectores populares, producto de la política del gobierno de Alessandri, reafirma la tesis de “Frente de Trabajadores” al sostener que sólo las clases trabajadoras y sus partidos pueden sacar a Chile de la quiebra económica, social y moral en que se encuentra y, en consecuencia, llama a reforzar el FRAP en todos los frentes y a fortalecer la CUT. El congreso designa como nuevo secretario general al senador Raúl Ampuero.

Con anterioridad a ser designado jefe del partido, Ampuero realiza ese año una intensa elaboración teórica, ampliamente reseñada y publicada en la revista Arauco. Se ocupa de temas básicos para la aguda discusión que la izquierda está iniciando, la unidad de ésta, la cuestión de las vías de la revolución y, por consiguiente, las tensiones entre vía pacífica y lucha armada, la coexistencia pacífica, la dictadura del proletariado y la democracia proletaria, la economía socialista, las relaciones entre política socialista y democracia directa y la autogestión, según el modelo yugoslavo, como alternativa a la economía estatal. El PS había establecido una sólida relación con la Liga de los Comunistas Yugoslavos y seguía atentamente la postura política autónoma del Mariscal Tito. Waiss recuerda el primer momento en que socialistas chilenos y comunistas yugoslavos iniciaron su intercambio, en 1954, durante una visita de una delegación comercial yugoslava a Santiago y ve, en un común rechazo al stalinismo y al dogmatismo, las bases de un entendimiento entre ambos:

“Para un yugoslavo la solidaridad de los socialistas populares de Chile no podía pasar desapercibida, pues se trataba del primer movimiento marxista en el mundo, que les tendía la mano. Teníamos de común la más severa condena al stalinismo y a sus métodos de intimidación y de fraude, el propósito de no reconocer vaticanos ideológicos, la resistencia al sectarismo y al dogmatismo y un sentido humanista para enfocar los más distintos aspectos de la realidad social”

Los politólogos Benny Pollack y Hernán Rosenkranz describen así el “titoismo” del Partido Socialista:

“En 1955 la denuncia de Khrushchev sobre los errores en el manejo de los disidentes yugoslavos fortaleció la posición de aquellos dentro del partido que trataban de seguir la línea titoista. Ampuero en persona, Oscar Waiss y Aniceto Rodríguez estaban entre los líderes de esta tendencia, que fue más tarde adoptada más abiertamente. La idea titoista de un estado socialista fuertemente dependiente en los consejos de trabajadores a todo nivel del tejido social, capturaba la imaginación de los socialistas chilenos, como también la perspectiva neutralista de la política exterior yugoslava”.

La postura pro Tito de los socialistas sería otra causa de disenso con el PC.

En sus *“Reflexiones sobre la revolución y el socialismo”*, Ampuero resume su discrepancia de fondo con los PC –incluido el de China, en plena ofensiva teórica- respecto del carácter de la

revolución en la etapa, para ellos democrático burguesa y para él socialista. Sobre todo, en países subdesarrollados como los de América Latina , dice:

“Yo diría, compañeros, categóricamente que si por la revolución democrático burguesa entendemos una revolución conducida por la burguesía, para extender los derechos populares, para crear un Estado verdaderamente nacional, para hacer trizas los moldes de la economía terrateniente, si eso entendemos por la revolución democrático burguesa, ningún país latinoamericano está en vísperas de vivirla”

RAÚL AMPUERO DÍAZ:

conductor socialista, intelectual marxista, militante tenaz

Hijo de profesores primarios, Raúl Ampuero Díaz, nace en Ancud, Chiloé, en 1917. Se casa con Hilda Villagrán, su compañera hasta su muerte, con quien tiene tres hijos. Cursa la enseñanza secundaria en el Liceo de Ancud y se titula de abogado en la Universidad de Chile.

Ampuero combina su carácter parco y ajeno a falsas efusiones con una excepcional inteligencia que aplica perseverantemente a la política. Inicia su militancia socialista en 1934 y participa como uno de los fundadores de la Federación Juvenil Socialista, de la que llega a ser Secretario General. Corajudo, tenaz, persistente en sus ideas, Ampuero cultiva un estilo analítico y racional, fuertemente impregnado de una natural disposición a dotar las políticas de izquierda con una sólida fundamentación intelectual.

Ampuero fue un gran batallador. Su juventud estuvo marcada por la lucha antinazi de la década de los treinta y de los años de la Segunda Guerra Mundial. Su defensa de la autonomía teórica y política del movimiento obrero chileno lo lleva a grandes enfrentamientos ideológicos con las posiciones sustentadas por el Partido Comunista, atento a las definiciones internacionales del movimiento comunista. En 1942 es expulsado del Partido Socialista en un momento de predominio del “grovismo” y muy pronto reincorporado. Desde entonces libra una dura lucha interna contra las tendencias más centristas del socialismo, que culminará cuando, con gran celo dirigente, se hace cargo en 1946 de la secretaría general de un partido en crisis. El Partido Socialista Popular, que en varios períodos encabeza Ampuero, se constituye en la columna vertebral de la reunificación socialista de 1957 y da origen a la línea denominada “Frente de Trabajadores” que inspiraría al socialismo por largos años.

Más allá de las duras polémicas que sostenía entonces con el Partido Comunista, Ampuero se opone a la liberticida Ley de Defensa de la Democracia dictada en 1948 por González Videla. En 1953 es electo senador por las provincias del norte, sillón parlamentario para el que es reelecto hasta 1969. Como senador se caracteriza por la solidez de sus intervenciones que, en su estilo oratorio sin estridencias pero pleno de fortaleza, lo convierten en uno de los grandes polemistas del Senado.

En 1962, Ampuero desencadena y protagoniza la polémica teórica más importante de que tenga memoria la izquierda chilena: una discusión, pública y oficial, entre la dirección del Partido Socialista y la del Partido Comunista, sobre tópicos cruciales para la estrategia revolucionaria en el país, como la cuestión del internacionalismo, la vía pacífica y el rol del marxismo como teoría revolucionaria. La evaluación de Ampuero sobre la necesaria publicidad del debate es nítida: *“En un país como Chile, de alto nivel político y de larga tradición cívica, el pueblo no puede permanecer ajeno al examen de asuntos tan directamente ligados a su misión y a su destino”*. Más de alguien sostiene que en esa polémica se exploraron temas claves para explicar algunos de los “vacíos” teóricos y políticos que impidieron dar sustentabilidad a los cambios iniciados por el gobierno de la UP ocho años más tarde.

En 1969 su carácter fuerte y su manejo rígido de la dirección partidaria lo llevan a enfrentarse a los principales dirigentes del PS. A propósito de diferencias sobre cuestiones organizativas, Ampuero se escinde con un grupo importante de parlamentarios y funda la Unión Socialista Popular. Es expulsado del partido y escribe su texto más importante, el libro *La Izquierda en Punto Muerto*.

Al asumir la Presidencia Salvador Allende, con quien Ampuero había sostenido fuertes enfrentamientos a propósito de la línea política socialista, la Unión Socialista Popular queda fuera de los espacios ofrecidos por la Unidad Popular. Muy deteriorada ya su fuerza, conserva tan sólo alguna dirigencia y base en los sectores de la minería en las provincias del norte, donde aún ejerce el senador Ramón Silva Ulloa. Ampuero, sin embargo, mantiene siempre una actitud de apoyo, aunque expresando sus críticas, al gobierno de la Unidad Popular. Cuando en 1973 Allende es amenazado por el “tanquetazo”, concurre a la casa de Salvador Allende a expresarle su adhesión.

Al producirse el golpe militar de 1973, Ampuero es hecho prisionero, torturado y, finalmente, expulsado del país. Llega en 1974, luego de una travesía por barco, al puerto de Roma. Durante los quince años de su exilio en Italia trabaja como profesor de la Universidad de Sassari, en Cerdeña. Es un activo participante del movimiento de solidaridad con la democracia chilena y, muy especialmente, el impulsor de una profunda reflexión sobre la izquierda y su pasado reciente. Promueve seminarios y encuentros, entre los que guardan hasta hoy especial significado los realizados en el pueblo de Ariccia, cerca de Roma. Allí se intercambian puntos de vista que posteriormente tendrán su expresión en la llamada Convergencia Socialista, encuentro entre socialistas del tronco histórico y socialistas de matriz cristiana. Ampuero es también activo miembro de la Liga de los Derechos del Pueblo y del Instituto para el Estudio Histórico de la Sociedad Contemporánea, dirigidos por el senador y teórico marxista italiano Lelio Basso, uno de los mayores especialistas en la obra de Rosa Luxemburgo.

Raúl Ampuero regresa a Chile en 1989. En los años noventa, ya unificado el socialismo chileno, comienza una aproximación que lo conduce a aceptar finalmente el reintegro pleno al Partido Socialista de Chile. Muere en medio del sentido homenaje de los socialistas, en cuya sede central, en calle Concha y Toro, se velan los restos, y de políticos de diversas tendencias que admiraron su proverbial austeridad y su honestidad, capacidad dirigente y espíritu de lucha.

La polémica está lanzada en toda su amplitud. El modo con el cual Ampuero define las tareas de la revolución, que el PC comparte, le lleva a concluir que no pueden ser realizadas por ningún frente con la burguesía sino sólo por el proletariado, premisa que el PC rechaza. Ampuero hará explícitas las discrepancias en una declaración radial desde Punta Arenas en diciembre de 1961:

“En vista del debate al interior del movimiento comunista internacional, el PS piensa que es el momento justo para delinear su propia posición y poner en claro ante el PC las diferencias, evitando la confusión al interior de la alianza del FRAP”

Al Partido Comunista de Chile.
Pablo Neruda.

Partido,
mi Partido!
Cuanto dolor, amor
y gloria encierras!
Qué larga historia pura
y lucha larga!

Eres una cadena
de hombres eslabonados,
firmes y serios, fuertes
y sencillos,
anchos de corazón,
duros de mano,
con los ojos cerrados
a la muerte,
con los ojos abiertos
a la vida:
de pronto, alguno falta
y otro llega,
de pronto alguno cae
y otro sube y se colman las ausencias
con el metal humano, innumerable!

Partido, mi Partido!
Siento no haber estado
en tu cuna de cobre,
el nacimiento:
eran tiempos difíciles,
era el camino duro
cuando el pueblo de Chile con una piedra al cuello
y en el fondo de un pozo
vio que lo sostenían y ayudaban
y que la piedra estaba
ahora en su mano,
vio que no estaba solo
y se sintió crecer, crecer, crecer,
y crecía la piedra con la mano.

Allá lejos Octubre
establecía
el orden de los pueblos:
un rayo rojo
había cercenado
la paz de los verdugos
y el martillo de acero

se unió a la hoz del trigo:
desde entonces
hoz y martillo fueron la bandera
de los abandonados.

Partido, mi Partido!
Me parece
aún ver a Recabarren
apoyado en la puerta
de la Federación de los Obreros.
Yo tenía quince años.
Sus ojos se entreabrían
divisando
la Pampa, las arenas
desoladas
que cruzó paso a paso
construyendo
las victoriosas
organizaciones.

Padre de nuestro pueblo!
Gigante
camarada!

Como se siembra el trigo
derramándolo
así
fundó la prensa
proletaria.
Yo he visto
aquellas
máquinas quebradas
por los verdugos de la policía
que quisieron así matar la luz.
He pasado la mano
por el hierro
que conservaba en su materia lisa
el recuerdo del tacto
de aquella mano suya, fundadora,
y aún la vieja máquina luchaba,
aún imprimía la palabra nuestra,
guardaba aún el fierro castigado
su profunda entereza
como si el corazón de Recabarren
aún para nosotros palpitara.

Partido, mi Partido!
Que larga lucha, larga

como Chile
encarnizada como
el territorio duro
de la Patria!

Recorrí con Elías
las arenas
del Norte desolado,
y con Luis Corvalán la tierra verde
del Sur, y vi llegar los comunistas
desde crueles desiertos,
subir
desde la mina oscura
con la sonrisa clara
del que sabe el camino,
Y ya sabemos, claros camaradas,
que traición o martirio no pudieron
nada contra nosotros.

Somos los vencedores de Pisagua!

A los que ahora llegan,
a los jóvenes,
a los trabajadores
de sol a sol, del campo, campesinos,

a los muchachos
de las minas abruptas,
de la ciudad, inquietos,
de fábricas, talleres, oficinas,
digo:
este es el pan y el vino
del Partido,
este es el libro y el ejemplo: Lenin
el ejemplo en acción es Recabarren,
el hombre proletario es nuestra fuerza
y nuestra estrella la familia humana!

Nuestro camino es ancho.
Hay sitio a nuestro lado para todos.

Publicado en *Principios* Nro. 82 de enero febrero de 1962.

En marzo de 1962, el PC celebra su XII Congreso. Previamente se han realizado 3 mil reuniones de células, 159 congresos locales y 26 regionales. El informe se titula *“Hacia un gobierno popular”* y consagra el rechazo a las tesis del PC chino de utilizar las dos vías para la revolución, la pacífica y la armada, a la vez que ratifica la “vía pacífica” y evalúa con una alta probabilidad el triunfo de la izquierda en la elección presidencial de 1964. El congreso elige en votación secreta a la dirección del partido.

Ya se han producido varios intercambios entre Ampuero y Orlando Millas y el debate parece precisar una formalización. La comisión política del PC envía entonces al PS, a fines de marzo de 1962, una carta, firmada por Luis Corvalán, que establece las opiniones oficiales sobre los temas en discusión. Cuatro son las áreas mayores que cubre la misiva: la división del mundo en campos y bloques militares; el rol del PCUS en el movimiento revolucionario, la vía pacífica de acceso al socialismo y el carácter del marxismo en la teoría revolucionaria.

Para el PC, el mundo está dividido entre el campo capitalista, que tiende por naturaleza a la guerra, y el campo socialista, que tiende a la paz. Más aún, la *“piedra de toque”* del “internacionalismo proletario” es la actitud que se asume ante la URSS y el *“campo socialista”*. Es sólo después que los EEUU la rodearon de pactos agresivos, dice la carta de Corvalán, y después de la agresión al estado socialista de Corea que la URSS conformó su propia alianza militar a través del Pacto de Varsovia, de carácter netamente defensivo. Para el PS, en cambio, la noción de “campo” se opone al internacionalismo pues elimina en éste su único contenido posible, el de “clase”. El razonamiento del PC, para Ampuero, parte de una premisa falsa:

*“absolutamente equivocada y reñida con el análisis verdaderamente científico de los acontecimientos”.
“Para un marxista consecuente, el mundo no está básicamente dividido en dos campos [...] [sino] entre las fuerzas de la burguesía y las del proletariado”.*

La conclusión es lapidaria. Admitir que es el “campo” el elemento socialista por excelencia y que la adhesión a él determina el grado de socialismo de quienes luchan contra el capitalismo, significa subordinar el movimiento obrero a los Estados socialistas, calificar las conquistas políticas revolucionarias en función de sus compromisos internacionales y no de su valor intrínseco.

En sus declaraciones en Magallanes y en su réplica a Millas, recuerda Corvalán a Ampuero, al entrar en el segundo tema, Ud. habló de la tendencia a radicar en la Unión Soviética la dirección suprema del movimiento internacional. Al respecto, el PC subraya que en el movimiento comunista, por internacionalista, siempre hubo un centro dirigente, *“vanguardia de las ideas de avanzada”* y ese centro se encuentra en la Unión Soviética, no por resolución del partido soviético sino en virtud de un conjunto de situaciones históricas:

“el proletariado ruso, encabezado por el partido de Lenin, tuvo el honor de ser el primero en romper las cadenas de la esclavitud capitalista y el primero en construir el socialismo [...] De allí emana fundamentalmente su papel de vanguardia”

Ampuero es al respecto terminante. Sostener, dice, el principio del rol dirigente del partido soviético constituye el núcleo de la controversia y el punto de partida de muchas otras discrepancias ideológicas y tácticas. Por supuesto, agrega, estamos muy

lejos de compartir el criterio “*estúpido y reaccionario*” que entiende a los PC como una mera pieza de ajedrez movida por las autoridades de Moscú. Pero la aplicación de ese principio lleva a errores y limitaciones inaceptables en la teoría y la práctica revolucionarias. Aceptar la idea de un centro, aunque sólo sea en su rol intelectual, implica una actitud de acatamiento a su conducta y hace pesar sobre la mentalidad de los partidos comunistas, incluido el chileno, toda una gama de concepciones, prejuicios y apreciaciones teóricas equivocadas.

“El reconocimiento de una dirección única en el movimiento obrero, aunque se remita a las grandes líneas ideológicas, implica limitar las fecundas posibilidades de desenvolvimiento del marxismo y de la práctica revolucionaria universal”

La cuestión de la vía pacífica es otro eje de la polémica. En palabras de Corvalán, Ampuero entiende mal las cosas cuando identifica vía pacífica con revisionismo, es decir, con la idea de que es posible el socialismo sin revolución:

“La vía pacífica no tiene nada que ver con la pasividad, no es una vía reformista sino revolucionaria, no se basa en un amortiguamiento sino en la agudización de la lucha de clases; es, en fin, un camino que conduce a la revolución en determinadas circunstancias”

El problema está, argumenta Corvalán, en que no se conoce un pronunciamiento oficial del PS “*en contra de la vía pacífica*”, tampoco a favor. Para el PC, sin embargo, es claro que los socialistas desean -igual que él- que el FRAP llegue al poder a través del movimiento de masas, sin guerra civil ni violencia armada, utilizando las elecciones presidenciales.

La respuesta cuestionará el nexo que parece establecer el PC entre carácter revolucionario de la vía pacífica y carácter comunista del partido. ¿Por qué, pregunta Ampuero, cuando partidos que no pertenecen al movimiento comunista afirman esa tesis, caen bajo los anatemas más severos y son presentados como traidores al movimiento obrero? Ahora ya sabemos, agregará, que la vía pacífica no significa abandonar las metas revolucionarias, sino que se refiere solamente a las formas de lucha. Pero el carácter pacífico de los medios parece ir más lejos que la pura cuestión electoral:

“tiende –aunque ustedes no lo quieran- a crear en las masas una falsa confianza en lo que pudiéramos llamar la “normalidad” de las instituciones democráticas [...] Si las bases mismas de la contienda democrática –incluso en los marcos estrechos de una sociedad de clases- se alteran deliberadamente para impedir una victoria del pueblo que parece inevitable, no podríamos predicar la paz sino la resistencia”

Surge así una aparente coincidencia sobre una cuestión que, algunos años después, se revelará central para la teoría y la práctica de la izquierda chilena. Ambos partidos, de uno u otro modo, compiten en denostar la “ilusión democrática” o la “fe en el sufragio universal” que en otro momento proclamó Recabarren. Esta desconfianza en la democracia liberal, según algunos sostendrán después de 1973 en las autocríticas de la izquierda y en particular de los socialistas, muestra una de las carencias mayores de la vía chilena al socialismo.

La última temática relevante de la polémica de 1962 se refiere a la relación entre marxismo y teoría política revolucionaria. Ud. sostiene, dice Corvalán, que el

marxismo es esencialmente dinámico y creador y que no divisa razón alguna para suponer que sólo los teóricos comunistas pueden usarlo científicamente. Sin falsa modestia, agrega, podemos decir que

“en el terreno de las ciencias sociales nosotros creemos que el movimiento comunista como tal es el movimiento verdaderamente marxista”

Esto no quiere decir, continúa Corvalán, que los comunistas no cometan errores antimarxistas, como tampoco, que no haya dirigentes y partidos marxistas distintos del PC. Pero el marxismo sólo ha podido desarrollarse en *“la lucha contra las diversas formas de desviación oportunista”*. Para el PS, esta tesis conlleva el peligro de una teoría que no puede dar cuenta de la complejidad de una época en que las transformaciones sociales abarcan *“un escenario tan extenso como el mundo”*. En tales condiciones

“proclamarse marxista no da títulos a nadie para suponerse infalible [...] Únicamente la confrontación honesta de las diferencias y el sostenimiento de las diversas tesis a los resultados de la praxis pueden conceder pautas científicas de valoración”.

La tesis se completará con una afirmación, crucial, sobre la diferencia, nada irrelevante, entre un marxismo que se pretende científico porque ha eliminado las “desviaciones” y otro porque las “comprende”:

“las “desviaciones” no son casi nunca artículos de importación en aquellas partes donde se ha desalojado al capitalismo; son el producto de contradicciones internas domésticas, presentes aún en tales naciones en la fase de transición y que obedecen a leyes aún insuficientemente examinadas”.

Llamativamente, esta polémica ocurre en medio de un proceso de consolidación de la unidad entre los dos partidos, demostrada en el propio intercambio de argumentos y contradicciones. Ambos reafirman la vigencia del FRAP y manifiestan su certeza en que vencerá en las elecciones presidenciales siguientes. Para el PC, por ejemplo, *“la constitución de un Gobierno Popular es inminente [...] de aquí a unos cinco o seis años, las transformaciones revolucionarias son ineluctables”*. Para el PS, la coyuntura es también favorable a la fuerzas populares,

“en virtud de la vigorosa incorporación de los campesinos a la lucha social y por el progresivo acercamiento de las clases medias a las organizaciones y los ideales del proletariado. Todo hace suponer pues que estamos en el umbral de una transformación de relieves históricos”

Consecuente con su desconfianza en la “vía electoral”, el PS prevé una dura lucha para derrotar las maniobras que, inevitablemente, desconocerán la victoria de la izquierda. Más allá de esta aparente convergencia estratégica, la polémica vuelve a situar la unidad orgánica como tema que separa aguas. Históricamente, las cuestiones de organización han influido más que las “políticas” en las frecuentes rupturas y divisiones de las organizaciones marxistas. Se trata entonces de un punto cardinal. En su nota, y a pesar de la dureza de la polémica el PC renueva su voluntad de unificar ambos partidos:

“es de toda evidencia que estamos obligados a entendernos. En un momento que no podemos precisar ahora tendremos que llegar, incluso, a la constitución de un solo partido marxista sin perjuicio de la existencia de otras colectividades populares”

Como en otras oportunidades, la posición del PS sobre esta materia es dubitativa. Le parece que el instrumento político de la liberación del pueblo y de su marcha hacia el poder es más amplio que la unidad de los dos partidos. El lugar de la unidad socialista comunista es el FRAP y la diversidad partidaria que este asegura es la condición de un acercamiento verdaderamente científico a la realidad social. La experiencia del FRAP y la campaña electoral de 1958, sostiene Ampuero, llevaron a la dirección política del movimiento popular fuerzas distintas del PC y el PS:

“Es en ese momento cuando el entendimiento de los dos partidos obreros experimenta una transformación positiva, se supera dialécticamente, adquiere una nueva calidad. Se confunde con los objetivos superiores de la alianza de todos los partidos del FRAP [...] Quienes nos proclamamos socialistas científicos pretendemos disponer de los métodos más justos para desentrañar la sustancia y el sentido de los fenómenos sociales contemporáneos, pero es en el activo contacto con todas las fuerzas avanzadas, en el diario intercambio de experiencias con todos los partidos populares, en el conocimiento de las normas de vida y de los anhelos de todas las clases explotadas de la nación, donde hallaremos los datos imprescindibles para orientar nuestro trabajo, sin exclusivismos y sin errores”

Independientemente de motivaciones más profundas, que pueden dar y dieron lugar a controversias, esta tesis anticipa en veinte años discusiones sobre la diversidad de la izquierda y de su teoría y prácticas. Pero a pesar de la tesis de Ampuero la discusión inmediatamente posterior en el PS será ardua, en particular con las poderosas tendencias influidas por el “trotskismo”, para las cuales Ampuero, Corbalán y Allende aceptan en la práctica la estrategia comunista a través de un doble juego entre Frente de Trabajadores y necesidades electorales.

Esta crítica, explicitada por Oscar Waiss en septiembre de 1962, cuando ha sido expulsado del PS, se sostiene en que el discurso de los tres dirigentes nombrados manifiesta una desviación teórica que entiende compatibles revolución y elecciones. Corbalán, recuerda, ve en las elecciones que vienen *“un enfrentamiento decisivo que ha de hacer posible la revolución socialista en Chile”*. Ampuero, a su vez, sostiene que el resultado de las urnas en 1964 será únicamente *“la consagración formal de un irresistible movimiento revolucionario gestado en las entrañas del pueblo, desde ahora mismo”*. Y en Allende la *“desviación teórica”* se expresará en el privilegio a la lucha por los *“cauces legales”*. En suma, Waiss parece decir que el discurso de los líderes socialistas manifiesta el *“ilusionismo electoral”* que, desde los primeros tiempos, se critica como contrario a una estrategia revolucionaria:

“La realidad es que todo el partido está educado en el sentido de que si se ganan las elecciones de 1964, el poder caerá en sus manos y la revolución socialista se hará desde arriba [...] se ha elegido un atajo que nos lleva al precipicio y que hará retroceder por años el ejército de la revolución”

La aparente insatisfacción de los socialistas con su partido, que parece anunciar los tiempos que vienen de la discusión interna, puede ser objeto de una mirada menos intelectual cuando el sujeto es el militante. Para Ramón, el dirigente obrero socialista de Concepción antes citado, por ejemplo, el problema reside en el peso insuficiente que su clase tiene en la organización. Crítica expresada en términos de reivindicación

“obrerista”, como a menudo lo fue y lo es en este testimonio, pero que lo convoca a militar (con la idea de cambiar las cosas):

“Conversé con dirigentes de otras industrias [de la región] y estuvimos de acuerdo en que de una manera u otra, los dirigentes sindicales debíamos hacer presión para tener un espacio en el partido ... a pesar de nuestra poca capacidad intelectual e ideológica, debíamos ir tomando cargos que veíamos que estaban en malas manos, como el secretariado sindical, donde estaba gente que ni siquiera era dirigente de los trabajadores. Eso fue lo que me hizo quedarme en el partido.”

Cuatro decenios más tarde la mirada de Luis Corvalán da una dimensión distinta de aquellos tiempos de la década de los sesenta, en que la polémica teórica socialista comunista alcanzó sus más altos niveles, al insinuar una autocrítica respecto de que la amplitud de la alianza propugnada por PC sobrevaloraba las posibilidades de acuerdo con “la burguesía nacional”:

“en ocasiones, tuvimos serios desencuentros, abiertas discrepancias con Raúl Ampuero y Adonis Sepúlveda. Pero ello no nos llevó a declararles la guerra. Nos obligó a buscar, con mayor razón, el entendimiento con ambos dirigentes, cuya honestidad revolucionaria y personal siempre apreciamos.

Con el Partido Socialista tuvimos las mayores afinidades y las mayores discrepancias. [...] Nosotros propiciábamos una alianza que fuera desde la clase obrera a aquella parte de la burguesía nacional que tenía contradicciones con el imperialismo y la oligarquía, en tanto que los socialistas limitaban al campo de los trabajadores la alianza que propugnaban. El planteamiento comunista, que dicho sea de paso sobrestimaba esas contradicciones, contenía un elemento valioso e indispensable, el de la amplitud”.

LA CAMPAÑA DE 1964 : LA DISPUTA ENTRE DOS “REVOLUCIONES”

Sensible a los nuevos tiempos, bajo el lema “*Chile necesita cambios de fondo*”, en agosto de 1962, la CUT realiza su III Congreso Nacional con una participación que casi duplica la del precedente. En el congreso participa por primera vez una numerosa representación campesina, básicamente de delegados provenientes de la recién creada Confederación Ránquil. El congreso rechaza por mayoría, sin embargo, las credenciales de numerosos delegados provenientes de la Unión de Campesinos Cristianos y de la Unión Nacional de Organizaciones Campesinas, ambas de orientación demócrata cristiana. Se aprueba una “plataforma de lucha” similar a la que ya tiene la central y se acuerda participar en la Conferencia Sindical Latinoamericana programada para septiembre de 1962, en la cual se fundará el Congreso Permanente de Unidad Sindical de los Trabajadores de América Latina (CPUSTAL). Esta organización de intención unitaria amplia, en la que participará la CUT, devendrá a poco andar casi exclusivamente en una entidad de sindicatos de orientación comunista.

A propuesta de los socialistas, se modifica la declaración de principios tras la búsqueda de una mayor amplitud ideológica sin afectar su espíritu clasista, como dicen los autores de la moción. Se elige una dirección compuesta de 6 comunistas, 5 socialistas, 3 demócrata cristianos y 1 radical y se designa presidente al socialista Oscar Núñez, dirigente del magisterio. El cargo de secretario general lo ocupará Luis Figueroa, quien arriba así por primera vez a la cúpula del movimiento sindical.

El nuevo consejo directivo de la CUT intenta superar lo que entiende como orientación meramente agitativa de su acción y darle una estructura orgánica compuesta de delegaciones regionales en todo el país. Pocos meses después de su congreso convoca a un paro nacional con éxito relativo. El día del paro, grupos de pobladores realizan mítines de apoyo, obstruyendo calles e impidiendo la circulación de vehículos de locomoción colectiva. La respuesta es una vez más la represión, que deja seis muertos en la Población José María Caro de Santiago.

En este clima de movilización social y política que ya mira a las elecciones presidenciales de 1964, en diciembre de 1962, el senador Renán Fuentealba, presidente del PDC esboza la idea de un acercamiento al FRAP. El motivo lo proporciona una iniciativa del Partido Democrático Nacional, un heredero del viejo Partido Demócrata, para lograr un entendimiento FRAP-DC. El empeño anticipa de este modo el surgimiento en la DC de un sector activamente contrario a un acuerdo con la derecha y que propugna una vía no capitalista de desarrollo, conocido poco tiempo después como sector “rebelde”. Durante toda su dilatada trayectoria política, Fuentealba se reconocerá explícitamente como un demócrata cristiano “de izquierda”. En una carta al PADENA, afirma la voluntad de la DC para un acuerdo popular amplio:

“la firme decisión de resolver en conjunto con los democráticos nacionales y con todas las fuerzas populares de oposición, la designación de un candidato común a la Presidencia en los comicios de 1964”

Son tiempos en que parece posible un acuerdo entre el FRAP y la DC con miras a la elección presidencial que se avecina. El PC, por ejemplo, insinúa su disposición en ese sentido al declarar que, si bien su meta es el socialismo, alcanzarla presupone el logro de objetivos nacionales y democráticos mediante una coalición de fuerzas progresistas. La reacción del PS es inmediata. Ampuero convoca a un pleno de la dirección que rechaza toda posibilidad de entendimiento con la DC y urge se oficialice por el FRAP la candidatura de Salvador Allende. El argumento es que la de Fuentealba es simplemente una maniobra dilatoria para postergar lo que parece seguro apoyo de los democráticos nacionales al FRAP. La Asamblea Nacional del Pueblo se reúne a fines de enero de 1963 y cumple con el encargo. Allende es candidato a presidente por tercera vez.

Sin embargo, establecer la línea demarcatoria entre el FRAP y la DC no es ya un ejercicio obvio. Desde el campo cultural e ideológico de orientación cristiana, los años sesenta evidencian un compromiso más que discursivo con los cambios estructurales y la revolución. En septiembre de 1962, la pastoral *“El deber social y político en la hora presente”* señala el momento en que la jerarquía de la Iglesia Católica abandona al partido conservador y se vuelca a la democracia cristiana. El documento formula una crítica radical a la realidad nacional, adjudica la existencia de una injusticia generalizada a una minoría privilegiada y egoísta y afirma que, mientras permanezca la *“actual organización jurídico social”*, no habrá solución para la crisis. Consecuentemente llama a realizar cambios estructurales profundos al mismo tiempo que a persistir en la lucha contra el comunismo. Es una iglesia que ha pasado de la denuncia anticomunista a un activo compromiso político progresista con la DC. Paralelamente, desarrolla un empeño intelectual y técnico considerable para contribuir a la elaboración del programa político de la candidatura Frei. Instituciones como el

Centro Bellarmino, el Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales (ILADES) y el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), que dirige el sacerdote jesuita belga Roger Veckemans, comprometerán recursos y cuadros técnicos decisivos para la conformación del equipo que llevará a Frei a la presidencia y gobernará con él. Pero más allá, intelectuales jesuitas desde la revista *Mensaje* proclaman que lo que hay es “*una revolución en marcha*”, frente a la cual o se la combate abiertamente o se toma una actitud favorable, pero los cristianos no pueden permanecer indiferentes. El deber, dice *Mensaje*, es “*dar a la revolución en marcha su verdadera y más profunda dimensión: la cristiana*”. Una conciencia cristiana y revolucionaria se está extendiendo entonces en la Iglesia y anuncia desarrollos que será decisivos:

“Soplan en efecto aires revolucionarios. Una inmensa, y cada vez más consciente mayoría está tomando conciencia de su fuerza, de su miseria y de la injusticia de este “orden” político, jurídico, social y económico que se le obliga a aceptar; y esa mayoría no está dispuesta a esperar más. Exige un cambio: un cambio rápido, profundo y total de estructuras. Si es necesaria la violencia, está dispuesta a usar la violencia. Es la masa popular que aspira a adueñarse del poder para realizar un auténtico “bien común”.”

En este marco intelectual, la izquierda se encuentran ante una DC pujante en el plano de las ideas y con vínculos firmes en el mundo popular. El economista de orientación democristiana Jorge Ahumada ha publicado en esos años un libro que hará época, titulado “*En vez de la miseria*”, donde propone un profundo programa reformista. A lo largo de varios años, además, una común conducta opositora ante el gobierno de Alessandri ha creado la sensación de que entre el FRAP y la DC existen analogías susceptibles de traducirse en un acuerdo presidencial. Un espectacular incidente ocurrido en el Congreso Pleno cuando Alessandri se aprestaba a leer su mensaje anual luego de un fallo electoral que favoreció a un candidato radical sobre un demócrata cristiano, une a Allende, Frei, Ampuero, Tomic, Aniceto Rodríguez y otros parlamentarios, en una accidentada protesta común. La iniciativa de Fuentealba tenía, por tanto, algunos fundamentos. Ampuero, sin embargo, objeta por retóricas las pretensiones revolucionarias de la DC:

““Revolución en libertad” es un lema absurdo, no porque se unan conceptos antagónicos o incompatibles, sino, justamente, porque quien separa a la Revolución de su contenido libertario no entiende lo que es ni la Revolución ni la Libertad [...] Se trata ahora, precisamente, de establecer una democracia real, de ampliar dimensiones sociales, o de preservar el abuso y el privilegio bajo el disfraz de una retórica “revolucionaria” que oculta un pacto de sangre con los intereses creados”

En marzo de 1963, en las elecciones municipales, el FRAP mantiene su votación, que alcanza el 29.5% de los votos. Crece el PDC, transformado por primera vez en el primer partido político del país con un 22.7%. Poco después de las elecciones Frei es designado candidato por su partido y el radical Julio Durán, que no parece un candidato que movilice a la derecha, por el Frente Democrático, alianza de conservadores, liberales y radicales. El FRAP, por su parte, intenta ampliarse hacia sectores independientes y católicos sin demasiado impacto. La actitud de la Iglesia, dirigida por el cardenal Silva Henríquez, dificulta el crecimiento de la izquierda en el mundo católico. De esta actitud da cuenta un texto de la época de la revista jesuita *Mensaje*:

“[El marxismo] es un sistema de ideas absolutamente incompatible con la Iglesia y, naturalmente tuvo esta que condenarlo [...] De ninguna manera nos parece lícito que un católico contribuya a que el marxismo se instale en nuestra patria”

A comienzos de 1964, la CUT agita la plataforma de lucha aprobada en su congreso en medio de conflictos sectoriales generalizados. Paralizan los hospitales, las universidades públicas, las escuelas fiscales, los trabajadores municipales, parte de la administración pública, logrando la promulgación de una ley especial que mejora las remuneraciones. Hay quienes plantean que, en la coyuntura, los sindicatos se manejan sin ninguna dirección u orientación general. La pérdida de actualidad de la plataforma de lucha, por la aprobación de la ley de reajuste, y el peso del clima electoral reinante confluirán en una relativa marginalidad de la CUT y los sindicatos. Todo se rige ya por las expectativas que despiertan las elecciones presidenciales que se realizarán en septiembre.

Al acercarse las elecciones de 1964 y el fin del gobierno de Alessandri, su esfuerzo por alcanzar la estabilidad y el crecimiento de la economía puede considerarse fracasado y la ideología que vincula conservación del orden con progreso está en franca retirada. Un hecho peculiar ilustra el nuevo acento en la cultura política: el hallazgo de unas momias preincásicas en el norte dará lugar al término “*momio*” con que, desde entonces, la izquierda y el movimiento popular identifican a la gente de derecha. Ser de derecha no es sólo ya ser “de orden”, como siempre, sino además quedarse en el pasado remoto. En semejante contexto, la oposición al gobierno adquiere un respaldo creciente y mayoritario que sus partidarios no pueden ignorar. La Sociedad Nacional de Agricultura, bastión tradicional del conservadurismo, que ve avanzar sin poder detenerla la idea de reforma agraria, lamentará no sin razón “*este nervioso espíritu de provocar cambios por el cambio en sí mismo*”

En 1964 el PS realiza su XX Congreso en Concepción. El informe destaca la incapacidad del sistema para resolver la crisis del país y la actualidad de cambios revolucionarios y de fondo. Según el congreso socialista, la derecha posee dos cartas, Durán y Frei, expresiones diferentes de los mismos intereses reaccionarios y “*la burguesía y el imperialismo*” vacilan aún en escoger definitivamente la más favorable a sus objetivos. El congreso reelige a Ampuero y a la dirección que le acompaña, en tanto reafirma la línea que han consolidado:

“Chile se plantea en este instante la tarea histórica de que las fuerzas populares desplacen del poder a las clases reaccionarias y constituyan un gobierno democrático de trabajadores, bajo el signo del socialismo”

Una tendencia “revolucionaria” ha amenazado la unidad del PS y ha sido excluida en el XX congreso. Ampuero habla de un grupo que hace “trabajo fraccional” y “antipartido”. No se puede permanecer indiferente, declara, cuando se llama abiertamente a crear un tercer partido obrero basado en la destrucción del PS:

“la crisis chino soviética, principalmente, pero también el embrujo romántico de las acciones guerrilleras en otros escenarios o la demagogia irresponsable de algunos aventureros, constituyen los ingredientes básicos de quienes pretenden fundar una nueva agrupación política, que dispute el campo a socialistas y comunistas. Nada tendríamos que objetar si se conformara con reclutar adeptos limpiamente, rivalizando con nosotros a la luz del día; pero no es así, las expectativas se fundan en la previa destrucción del Partido Socialista”

Está en curso un hecho que será trascendental para la izquierda. En mayo de 1963 un sector de la juventud socialista en Concepción, dirigido por Miguel Enríquez y Bautista Van Schouwen, funda el periódico *Revolución*. Unos meses después, se alza contra los acuerdos del congreso porque han liquidado una línea “*auténticamente revolucionaria*”. Ante la proximidad de las elecciones presidenciales, el XX congreso en opinión de estos jóvenes socialistas ha sustituido una línea revolucionaria por otra reformista:

“la vía pacífica se ha mostrado como la pantalla revisionista para encubrir la colaboración de clases [...] sumiendo de esta manera al movimiento popular en un cretinismo electoral”.

Dejan en 1964 las filas del PS y anuncian la constitución de una nueva organización que, un año más tarde dará origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). A diferencia de la inspiración ideológica posterior, más vinculada a la guerrilla cubana, la proclama es de tono “maoísta” y su texto parece confirmar la acusación de Ampuero de que la pretensión es desplazar a los partidos socialista y comunista:

“Al romper con el Partido Socialista nos sumamos a una vasta marea que lucha por restaurar la pureza revolucionaria del marxismo [...] Alzamos la misma bandera que en el campo internacional levanta el Partido Comunista de China. Creemos que urge reagrupar a todos los militantes socialistas y comunistas que buscan en Chile, bajo el común denominador del marxismo-leninismo y de una abierta lucha contra el revisionismo oportunista, la organización de una vanguardia revolucionaria proletaria dispuesta a dirigir la revolución chilena”

Una elección complementaria de diputados en Curicó en marzo de 1964 cambia completamente el cuadro electoral al provocar el apoyo de conservadores y liberales a Frei. Se conoce en la historia política como el “naranjazo”. En esa elección el candidato del FRAP Oscar Naranjo obtiene una amplia e inesperada victoria. Además, la izquierda ha aumentado fuertemente la votación de las elecciones municipales de 1963, la DC ha obtenido resultados también favorables y el Frente Democrático, la coalición de la derecha, ha retrocedido. Si las cosas no cambian Allende ganará en septiembre. Esta constatación, asumida por el Frente Democrático, precipita su disolución y el apoyo “incondicional” de la derecha a Frei.

Poco tiempo después del “naranjazo”, Allende intenta obtener el apoyo de los radicales y el retiro de la candidatura de Julio Durán, pero el movimiento se frustra. Ambos se entrevistan y Allende llega a anunciar el acuerdo, pero dos días después el PR acuerda mantener a Durán, que se “sacrifica” por la unidad del partido, si bien de lo que se trata es de impedir el triunfo de la izquierda. La iniciativa de Allende hacia el PR despierta resistencias y rechazos en el PS. Ampuero llegará a calificarla, años más tarde, como una entrevista desdichada que consagra el cambio del signo revolucionario de la campaña de 1958 “*para sustituirlo por una sórdida cacería de votos*”:

“Era una carrera desesperada tras una mayoría abstracta, estadística, irreal, sin relación alguna con el desplazamiento efectivo de electores y sus cambiantes simpatías políticas. En los últimos meses [ocurre] la decoloración del FRAP y la inmolación sucesiva de las posiciones de principio en aras de un electoralismo desenfrenado”

La candidatura Allende se convertirá, luego de la decisión radical, en un polo de atracción que erosiona al radicalismo. Arturo Olavarría relata:

“Los primeros síntomas manifiestos de esta nueva posición radical se advirtieron a través de un acuerdo de la Asamblea de la Octava Comuna de Santiago y del recibimiento hostil que se le hizo a la nueva Mesa directiva del radicalismo durante su visita a la Asamblea radical “Pedro Aguirre Cerda” ---la más numerosa del país--- que obligó a los componentes del organismo directivo a abandonar enfadados el recinto de la asamblea”.

El tiempo siguiente será un tiempo de sangría del radicalismo hacia las filas allendistas. Especial connotación adquiere en la campaña de Allende la diputada y fogosa oradora Ana Eugenia Ugalde, que es una de las primeras figuras radicales en romper con su partido para engrosar las filas de la izquierda. Por su parte, la derecha ve la situación de modo completamente opuesto. Con la contundencia que utiliza cuando cree necesario hacerlo todo para derrotar a la izquierda, apenas disimulada por el lenguaje abstracto y elíptico de sus editoriales, *El Mercurio* exige el retiro de Durán de modo inequívoco:

“La peor ilusión sería creer que es posible seguir indefinidamente dando batallas en que los que persiguen la misma meta se destruyen entre sí y dan, de este modo, mayor cohesión al adversario común. El factor tiempo es cada vez menos favorable a la supervivencia de las instituciones libres en una democracia corroída por las divisiones”

La campaña electoral del 64 no tiene para la izquierda el dinamismo y amplitud que tuvo la del 58. El diario “*El Siglo*” del PC y “*Última Hora*” de línea socialista constituyen los medios de comunicación principales. Este último, cuenta con un equipo periodístico que integran, entre otros, Fernando Murillo, Mario Días, Augusto Olivares y Carlos Jorquera. Colabora destacados socialistas como José Tohá y Clodomiro Almeyda. Este último rememora así su participación:

“Aquello fue consecuencia de mi estrecha amistad con Arturo Matte Alessandri, copropietario, con Aníbal Pinto, de ese importante rotativo vespertino que en esos años, mutatis mutandi, desempeñó para la izquierda el papel que El Mercurio cumplía en la derecha”.

Matte y Pinto impulsan también la revista “*Panorama Económico*” que logra congrega a un grupo importante de economistas representativos del pensamiento estructuralista y desarrollista y que tienen importante participación en la elaboración de los programas de la candidatura Allende. Entre ellos, varios ocuparán cargos al más alto nivel de gobierno durante el gobierno de la Unidad Popular, como Pedro Vuskovic, Gonzalo Martner, Max Nolf y Jaime Barrios. Una novedad en la campaña es el uso, por primera vez, de la televisión. Recuerda Olavarría:

“La televisión tomó parte activa en la génesis de la elección presidencial de 1964 cuando el Canal 9 de la Universidad de Chile entrevistó a los cuatro candidatos a través de un equipo de periodistas [...] En la noche del día 18 de abril le correspondió ser entrevistado al doctor Salvador Allende, quien tomó sonriente el asiento de los “acusados” y se dispuso, al parecer bastante tranquilo, a soportar la andanada de preguntas”

En ese programa Allende aclara el carácter no socialista que tendrá el gobierno de la izquierda:

“Aunque soy socialista, mi gobierno no será ni siquiera socialista. Será un gobierno de transición entre el régimen capitalista y el socialista”.

Pero la polarización entre Frei y Allende y una enorme movilización de recursos financieros y políticos de la derecha y, sobre todo, de los EEUU, hacen difícil pensar en el triunfo del FRAP. Para un bando Allende es el *“peligro comunista”* y, para el otro, *“Frei es la nueva cara de la derecha”*. No hay matices que los acerquen a pesar de que el sector que ya se asume como “rebelde” en la DC, heredero de grupos estudiantiles e intelectuales surgidos a comienzos de los cincuenta, bloquea todo acuerdo explícito o concesión de Frei a conservadores y liberales. El grupo integrado por R. Gumucio, A Jerez, Julio Silva Solar, Vicente Sota y otros como R. Fuentealba y Bosco Parra, declarará: *“no seremos el balón de oxígeno de la derecha”*, términos utilizados por Fuentealba.

La campaña de Frei recibe importante apoyo financiero de los EEUU. El discurso antiimperialista enarbolado por Allende no sólo cuestiona hacia 1964 la hegemonía continental de la potencia imperial, sino también los intereses de las poderosas empresas estadounidenses con inversiones en Chile. La conclusión es que hay que cerrar el paso a la candidatura de izquierda sin trepidar en los medios. El Informe Church, elaborado para el Congreso de ese país y publicado en 1975, es elocuente. Allí se demuestra que, vía acciones encubiertas de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) se gastan, entre 1963 y 1964, 4 millones de dólares (suma enorme para la época) para evitar el triunfo de Allende. Este dinero se invierte en organizaciones sociales y contribuye a financiar los partidos antimarxistas. Se monta además una intensa y masiva propaganda dirigida a mostrar que el triunfo de la izquierda es el triunfo irreversible del comunismo totalitario. La historia del siglo XX chileno, escrita por Sofía Correa y otros, describe del siguiente modo la *“campaña del terror”*, como se la denominó:

“Estuvo dirigida fundamentalmente a las mujeres, a quienes se interpelló en su condición de madres, esposas y dueñas de casa, indicando los peligros que podía significar para sus familias la opción marxista, y se difundió vía emisiones radiales, periódicos, revistas y murales. Uno de estos anuncios publicitarios, divulgado por las radioemisoras, comenzaba con los disparos de un ametralladora y los gritos de una mujer por la muerte de su hijo en manos de los comunistas, a continuación una voz masculina decía “para evitar esto en Chile, vote por Eduardo Frei, para concluir con otra salva de ametralladora y una dramática música de fondo. Imágenes en las que aparecían agresiones de soviéticos y cubanos a la Iglesia, a las mujeres y a los niños, estuvieron también permanentemente en los medios de comunicación [...] Poco antes de la elección fue transmitido un incendiario discurso de Juana Castro, la hermana de Fidel recientemente expulsada de la isla, en la que relataba los horrores del régimen comunista”

Aniceto Rodríguez resume la sensación imperante en la izquierda de que ha sido objeto de una enorme maniobra de mistificación:

“Durante la campaña los izquierdistas fuimos calificados de antipatriotas; sirvientes de la Unión Soviética y de Cuba, elementos despiadados que ordenaríamos sacar de Chile a los niños para darles una formación foránea; en fin, se llegó incluso a contratar a Juana Castro, la mala hermana de Fidel, para que abundara mercenariamente en sus falacias contra el movimiento popular y su abanderado”.

La izquierda se da cuenta pronto que semejante movilización de recursos y la alianza de la derecha con la DC, recubierta por un discurso revolucionario, es imposible de

derrotar. El mismo día del “naranjazo”, Oscar Naranjo señala *“hemos ganado un diputado pero hemos perdido la presidencia”*. Es más, se cuenta que el propio Allende admite que su derrota es segura, luego de un acto abierto en que la movilización popular es tan grande que provocará, le parece, un volcamiento aún más efectivo del electorado de derecha hacia Frei:

“Vamos a perder porque la burguesía no va aceptar jamás que nosotros ganemos esta vez. Creo que esta concentración llevó a las fuerzas de derecha a apoyar a Frei. Las batallas no se dan para ganarlas siempre. Pero hay que darlas y nosotros estamos en esto”

Pero la victoria de Frei no puede explicarse suficientemente por el poder unificado del “imperialismo” y la derecha. La candidatura DC ha despertado un apoyo genuino en amplios sectores sociales, sobre todo jóvenes. La DC enarbola la consigna de la *“Patria Joven”* para subrayar su compromiso con los cambios. La *“Marcha de la Patria Joven”* es una caminata de cinco columnas de jóvenes que llevan el mensaje freísta a los lugares más remotos y que, bajo una cobertura radial de tiempo completo, convergen en Santiago en un acto en que participan 300.000 de ellos. En un discurso histórico, Frei termina las palabras con que los recibe escenificando un diálogo entre un niño que observa la marcha y su padre:

”¿Quiénes son, padre? ... ¡Son los mismos de 1810 hijo! ... los de 1879, los de 1891. ¡Son la Patria! Sí, amigos míos, ustedes son eso. Son la Patria. ¡Son la Patria, gracias a Dios!”

La marcha de la campaña induce en la izquierda la percepción de que el mensaje DC sobre la sociedad comunitaria puede tener una lectura progresista. En este sentido, un socialista como Weiss recuerda el siguiente pasaje del programa de Frei:

“La democracia cristiana afirma que el poder económico no debe descansar ni en los individuos animados por el afán de la ganancia ilimitada, ni en el Estado monopolista. La economía humana tiende a agrupar a los hombres en comunidades de trabajo, dueños del capital y de los medios de producción [...] El Partido Demócrata Cristiano propugna la estabilidad de los empleados y la creciente participación de los trabajadores en las utilidades, gestión y propiedad de las empresas”

La campaña de la izquierda en 1964 realiza, a nivel juvenil, acciones de trabajo voluntario que permiten vincular la lucha política con obras que mejoran la infraestructura en poblaciones populares. Se genera también un amplio movimiento de muralistas, arte popular y canción folclórica en conexión con las movilizaciones de la campaña. Neruda tiene allí un rol destacado. Las memorias del secretario privado de Allende, Osvaldo Puccio, revelan las singulares conexiones de la política revolucionaria de entonces con el mundo de la vida popular, al relatar un acuerdo de apoyo de los gitanos a la candidatura de Allende. La propuesta de Spiro California, “rey de los gitanos”, es la siguiente:

“Somos unos 10.000 gitanos en Chile; de ellos unas cinco mil mujeres [...] por las calles viéndole la suerte a la gente [...] Yo les propongo a ustedes el siguiente negocio: nosotros necesitamos cobre. Los hombres confeccionan pailas, ollas de cobre. Una vez que Allende sea presidente, ustedes me consiguen el cobre y yo me comprometo a que todas las mujeres que ven la suerte le digan a la gente: “Yo veo un futuro muy bueno para ti. Va a haber un cambio de gobierno y eso te va a traer gran bienestar. Te va ayudar a convertirte en hombre rico”. E insinuarán que eso será con la presidencia de Allende”

Allende acepta la propuesta pero no deberá cumplir su parte porque no resulta electo aunque, agrega Puccio, en 1970 el rey California exigirá debido cumplimiento, causando más de alguna dificultad a la administración estatal de la producción de cobre.

En definitiva, la campaña electoral de 1964 aparece a muchos como una batalla entre dos revoluciones, la de la izquierda y la de la DC, ambas comprometidas con un cambio profundo de las estructuras sociales económicas y políticas del país. Es una visión que, por otra parte, amplios sectores de la izquierda más ideologizada no comparten. Rafael A. Gumucio, entonces líder del naciente sector rebelde de la DC, expresa esa convicción “revolucionaria” que atraviesa a su partido y a parte importante de la base social que lo apoya:

“Sinceramente, todos los que participamos de la campaña estábamos convencidos del carácter revolucionario que tendría el Gobierno de Frei, y tal vez por eso el resultado final de ese gobierno decepcionó a tantos. “La revolución no es algo que se pueda crear artificialmente. Ella surge de las condiciones objetivas imperantes en un país. Por eso es posible afirmar que Chile está a las puertas de un proceso de cambios fundamentales que se realizará inexorablemente”, decía el Programa”

BIBLIOGRAFÍA.

- Almeyda, Clodomiro. **Reencuentro con mi vida**. Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1987..
- Ampuero D., Raúl. **La izquierda en punto muerto**. Editorial Orbe, Santiago, 1969.
- Arrate, Jorge. **La fuerza democrática de la idea socialista**. Ed. Documentas y Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1985.
- Arrate Jorge, Hidalgo Paulo. **Pasión y razón del socialismo chileno**. Eds. del Ornitorrinco, Santiago, 1989.
- Barría, Jorge. **Historia de la CUT**. Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1971.
- Bengoa, José. **Educación campesina y reforma agraria en Chile**. En SUR: Educación Popular y movimientos sociales. Sur Ediciones, Santiago de Chile, 1987.
- Cash M. Jorge. **La Falange Nacional. Bosquejo de una historia**. Eds. Copygraph, Santiago de Chile, 1986.
- Correa Sofía, Figueroa Consuelo, Jocelyn-Holt Alfredo, Rolle Claudio, Vicuña Manuel. **Historia del siglo XX chileno**, Ed. Sudamericana, Santiago, 2001.
- Corvalán Lepe, Luis. **Algo de mi vida**. Ed. Posada, México, 1977.
- Corvalán Lepe, Luis. **De lo vivido y lo peleado**. LOM Ediciones, Santiago, 1997.
- Corvalán Márquez, Luis. “Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70”, en Loyola Manuel y Rojas Jorge (comps.), **Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos**, Impresora Valus, Santiago, 2000.
- Del Canto, Hernán. **Los socialistas en el movimiento sindical**. En “Cuadernos de Orientación Socialista”. Talleres Eduardo Charne. Berlin, 1981.
- Del Pozo, José: **Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular**. Eds. Documentas, Santiago de Chile, 1992.
- Donoso Pacheco, Jorge (comp.). **Tomic testimonios**. Ed. Emisión, Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, Eds. Copygraph, Santiago de Chile, 1988.
- Faletto Enzo, Ruíz Eduardo y Zemelman Hugo. **Génesis histórica del proceso político chileno**. Ed. Quimantú, Santiago, 1972.
- Furci, Carmelo. **The Chilean Communist Party and the Road to Socialism**. Zed Books Ltd. London. UK. 1984. Pormenorizado recuento de la historia del PC, sus discusiones y orientaciones ideológicas
- Garcés, Mario: **Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957 – 1970**. LOM Eds., Santiago de Chile, 2002.
- Gumucio, Rafael Agustín. **Apuntes de medio siglo**. Eds. Chile América – CESOC, Santiago de Chile, 1994.
- Huerta, María Antonieta y Pacheco Pastene, Luis. **La Iglesia Chilena y los Cambios Sociopolíticos**. Ed. Pehuén, Santiago, 1988.
- Iriarte, Raúl (editor). **Partido Socialista de Chile. La vía chilena a la democracia de los trabajadores**. Ediciones Socialismo, Santiago, 1986.
- Jobet, Julio César y Chelén Rojas, Alejandro. **Pensamiento teórico y político del Partido Socialista**. Ed. Quimantú, Santiago de Chile, 1972.
- Jobet, Julio César. **El Partido Socialista de Chile. Tomo II**. Ed. Prensa Latinoamericana. Santiago, 1971.
- Jobet, Julio César. **Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos**. Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1973.
- Millas, Orlando. **La alborada democrática en Chile. Memorias IV Volumen 1957 – 1971. Una digresión**. Eds. Chile América – CESOC, Santiago, 1996.
- Muñoz, Agustín. **Visión de los sindicatos chilenos. Treinta años de relaciones profesionales**. Eds. Del Comité Sindical Chile. Barcelona, España, 1985.
- Olavaria Bravo, Arturo. **Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas. Tomos II y III y IV**. Ed. Nascimento, Santiago de Chile, 1962.
- Puccio, Osvaldo. **Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado**. Ed. Emisión, Santiago, 1985.
- de Ramón, Armando. **Santiago de Chile**. Ed. Sudamericana, Santiago, 2000.
- Rodríguez, Aniceto. **Entre el miedo y la esperanza. Historia social de Chile**. Eds. de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1995.
- Salazar Gabriel y Pinto Julio. **Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía**, LOM Ediciones, Santiago, 1999.
- Teitelboim, Volodia. **Un hombre de edad media (Antes del olvido II)**. Ed. Sudamericana, Santiago, 2000.

Waiss Oscar. **Chile vivo: Memorias de un socialista 1928 – 1970**. Centro de Estudios Salvador Allende. Madrid, España, 1986.

Archivo Chile

Historia Político Social - Movimiento Popular



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

